



Finalista Premio Reinaldo Arenas 2018

Doble Fila

Carlos Rubio



DOBLE FILO

Finalista, Concurso Literario “Reinaldo Arenas 2018”

Carlos Rubio



Ediciones
Alféizar

© 2019

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles Iº 41

46715 – L'Alqueria de la Condesa – Valencia – España

Autor portada: Enrico Pitton

Email: info@edicionesalfeizar.com

Web editorial: www.edicionesalfeizar.com

ISBN-13: 9781797769325

A Caliope

Una historia dudosa y envuelta en el misterio

Lola era una prostituta de La Habana y la mató uno de sus amantes. No pudo soportar que fuera tan puta y le clavó un puñal en el pecho. El suceso se produjo a las tres de la tarde y su victimario, que dicen era médico, pensó que el crimen sólo ocuparía dos líneas en los titulares de la prensa capitalina de la tarde.

Pero se equivocó y no se sabe por qué el presidente de Cuba Ramón Grau San Martín, en un discurso casi al término de mandato en 1948, miró su reloj y dijo “¡Coño las tres de la tarde! La hora en que mataron a Lola”. Y la frase quedó acuñada para siempre en la memoria popular de los cubanos y no hay oriundo de esa hermosa tierra que no sepa a la hora que ultimaron a la susodicha.

Incluso una conocida canción evoca el hecho. Eran las tres de la tarde/ cuando mataron a Lola/ y dicen los que la vieron/ que agonizando decía/ yo quiero ver a ese hombre/ que me ha quitado la vida/ yo quiero verlo y besarlo/ para morirme tranquila.

A pesar de todas mis minuciosas investigaciones, no he logrado encontrar más información sobre Lola u otros detalles de este violento suceso. ¿Quién era? ¿Tenía familia? ¿Qué circunstancias la condujeron al tipo de vida que llevaba? Lo único que sabemos con certeza es que vivía en la esquina de Nueva del Pilar y Belascoaín, y la hora de su trágico final. La fecha exacta se desconoce. Su vida será siempre un misterio.

No queda otra alternativa sino recurrir a la imaginación, ya que ésta permite hacer conjeturas sobre la infinidad de permutaciones temporales que precipitaron los hechos. Aquí ofrezco mi propia versión, una de las muchas posibles, sobre la vida de Lola. Es una versión personal, vista a través de los

ojos de un hombre que fue uno de sus más fieles amantes por muchos años.

Carlos Rubio

SU RECUERDO

I

Hoy es el día más triste de mi vida. Afuera nada ha cambiado; desde el amplio ventanal de mi despacho, como de costumbre, puedo percibir claramente el ir y venir de los transeúntes rumbo a su trabajo, el suave vaivén de los almendros obedeciendo dócilmente los caprichos de la brisa tropical y el trinar de los ruiseñores al regresar a sus nidos. De vez en cuando, interrumpiendo el fluir natural de la mañana, se oye el pregón de los frecuentes vendedores ambulantes —ensalzando las virtudes de sus variados productos— que desde temprano montan guardia en el parque central. Una vendedora de flores acomoda su tarima multicolor bajo la sombra protectora de la glorieta ubicada en el centro del parque.

Desde el fondo de la casa me llegan conversaciones difusas; reconozco la voz de mi esposa instruyendo a la sirvienta sobre las tareas para ese día. Nuestros dos hijos ya se han marchado al colegio.

Todos los días me levanto temprano, y después de desayunar con la familia, suelo leer el periódico y trabajar un par de horas en el despacho, antes de salir de casa hacia el bufete. Sí, reconozco que soy un hombre metódico, regido por horarios que me he impuesto a mí mismo. Algunos, y no sin razón, me tildarían de mañoso.

Inesperadamente las imágenes enmarcadas por el ventanal se hacen difusas. Me quito los lentes y busco en la gaveta superior un paño para limpiarlos, pero de inmediato me doy cuenta de que no es necesario. Sin quererlo mis ojos se han anublado de lágrimas rebeldes que resbalan escurridizas por mis mejillas, caen al vacío para entonces dejar pequeños círculos crecientes sobre el papel secante que cubre parte del escritorio. Cierro los ojos y enjugo las lágrimas con el pañuelo de hilo que llevo en un bolsillo interior del saco. Ha sido un momentáneo lapso de flaqueza que no he logrado controlar, pero afortunadamente estoy solo. Sé que debo estar preparado para el resto del día, para el resto de la vida; estoy consciente de que estos sentimientos perdurarán

indefinidamente y me acompañarán hasta ese momento en que cierre los ojos por última vez.

Ya pasada la crisis, devuelvo el pañuelo a su escondite interior y abro los ojos. Sobre una esquina del escritorio descansa la edición matutina del diario que circula por toda la nación. En la tercera sección, casi como una nota al pie, se encuentra la noticia que tanto me ha afectado. Estoy seguro que para la mayoría de los lectores ha pasado desapercibida.

CRIMEN PASIONAL

El día de ayer, exactamente a las tres de la tarde, murió de una certera puñalada en el corazón, una joven residente del edificio ubicado en la esquina de Nueva del Pilar y Belascoain. El presunto infractor ha sido identificado como un prestigioso galeno, residente de esta ciudad y quien actualmente se encuentra detenido. Hasta el momento no se han dado a conocer los motivos ciertos ni los sucesos que culminaron en tal tragedia.

Al volver a leer las escuetas líneas siento que un sudor frío se apodera de mí y que las manos me tiemblan, pero esta vez logro controlar mis emociones y contener las lágrimas. Es una carga que debo afrontar solo y sin ayuda; nadie conoce la relación íntima y clandestina que mantuve con la difunta por tantos años. ¿Por dónde empezar? Mi cabeza es un caos donde convergen los recuerdos de los encuentros secretos, las mentiras y subterfugios de los últimos diez años.

SU RECUERDO

II

Hoy es el día más feliz de mi vida. Afuera nada ha cambiado; desde el amplio ventanal de mi despacho, como de costumbre, puedo percibir claramente el ir y venir de los transeúntes rumbo a su trabajo, el suave vaivén de los almendros obedeciendo dócilmente los caprichos de la brisa tropical y el trinar de los ruiseñores al regresar a sus nidos. De vez en cuando, interrumpiendo el fluir natural de la mañana, se oye el pregón de los frecuentes vendedores ambulantes —ensalzando las virtudes de sus variados productos— que desde temprano montan guardia en el parque central. Una vendedora de flores acomoda su tarima multicolor bajo la sombra protectora de la glorieta ubicada en el centro del parque.

Desde el fondo de la casa me llegan conversaciones difusas; reconozco la voz de mi esposa instruyendo a la sirvienta sobre las tareas para ese día. Nuestros dos hijos ya se han marchado al colegio.

Todos los días me levanto temprano, y después de desayunar con la familia, suelo leer el periódico y trabajar un par de horas en el despacho, antes de salir de casa hacia el bufete. Si, reconozco que soy un hombre metódico, regido por horarios que me he impuesto a mí mismo. Algunos, y no sin razón, me tildarían de mañoso.

No me creo un hombre malvado; trato de ayudar a quien puedo y jamás le he deseado el mal a nadie. Nada de lo sucedido ha sido ni mi invención ni mi responsabilidad; el destino ha continuado su marcha y estos hechos imprevistos —sin importar lo trágico que puedan ser— me han liberado de la esclavitud en la que me había sumido por tantos años. Al pensar de nuevo en la tragedia, sin quererlo mis labios esbozan una leve sonrisa de triunfo. Inmediatamente me siento culpable y me controlo; ha sido un momento de debilidad que no he logrado reprimir. Afortunadamente estoy solo. Sé que debo estar preparado para el resto del día, para el resto de la vida; estoy consciente de que estos sentimientos ocultos perdurarán indefinidamente y me

acompañarán hasta ese momento en que cierre los ojos por última vez.

De nuevo pienso en mi nueva situación: ya soy libre de su influencia y su control. Sobre una esquina del escritorio descansa la edición matutina del diario que circula por toda la nación. En la tercera sección, casi como una nota al pie, se encuentra la noticia que tanto me ha afectado. Estoy seguro que para la mayoría de los lectores ha pasado desapercibida.

CRIMEN PASIONAL

El día de ayer, exactamente a las tres de la tarde, murió de una certera puñalada en el corazón, una joven residente del edificio ubicado en la esquina de Nueva del Pilar y Belascoáin. El presunto infractor ha sido identificado como un prestigioso galeno, residente de esta ciudad y quien actualmente se encuentra detenido. Hasta el momento no se han dado a conocer los motivos ciertos ni los sucesos que culminaron en tal tragedia.

Al volver a leer las escuetas líneas siento que un sudor frío se apodera de mí y que las manos me tiemblan, pero esta vez logro controlar mis emociones y contener mi regocijo. Es un secreto que debo afrontar solo, sin ayuda de nadie, pues nadie conoce la relación íntima y clandestina que mantuve con la difunta por tantos años.

SU RECUERDO

III

Ella se llamaba Lola y nos conocimos accidentalmente, hace una eternidad, durante un baile patrocinado por La Colonia Española aquí en este pueblo de provincia. Por aquel entonces yo cursaba los estudios de derecho, y había regresado de La Habana para celebrar las vacaciones navideñas y pasar tiempo con la familia. Mi madre siempre preparaba una suntuosa y concurrida cena de Nochebuena que complementaba con vinos y turrónes españoles que mi padre procuraba a través de su amistad con el dueño de un almacén de víveres importados.

Mis intenciones sólo eran pasar tiempo con amigos y parientes y así lograr un bienvenido paréntesis del rigor intelectual de la vida estudiantil, así que accedí gustoso a acompañar a mi hermano al baile. Sabía que la música y la compañía de otras personas de mi edad me harían bien y que borrarían, si acaso por unas horas, las preocupaciones universitarias.

El baile empezaba a las nueve, y como de costumbre, un portero uniformado se aseguraba de que los concurrentes tuvieran el atuendo adecuado para la ocasión: cuello y corbata para los caballeros y vestidos para las damas.

El amplio edificio tenía dos plantas, y el salón de baile ocupaba la totalidad de la superior. Varios balcones, completamente abiertos para aliviar el calor de la noche, ofrecían una invitación a los concurrentes a hacer una pausa en la danza y respirar el aire fresco de la noche. Al fondo del salón, sobre una discreta tarima, se encontraba la orquesta, y más allá, cerca de los baños, el bar. Los amplios espejos venecianos de marcos oropelados que alcanzaban las cornisas le otorgaban al salón una ilusión de amplitud que se extendía más allá de la realidad.

Nunca he sido un gran bailarín; sólo diré que mis movimientos en la pista no llaman la atención a nadie, ni por su excelencia ni por su falta de armonía. En ese respecto soy uno del montón. Esa noche bailé con muchas de las jóvenes que se encontraban en el salón —algunas conocidas, otras no— y

verdaderamente logré mi propósito de olvidar mis preocupaciones de estudiante. Pero ninguna de ellas logró dejar un recuerdo duradero en mi memoria. Ya casi llegada la medianoche sentí deseos de regresar a casa; mi hermano, desde el momento en que llegamos al baile, se había separado de mí, así que comencé a buscarlo para evitar que me esperara en vano al final de la noche.

Fue durante aquella requisa que accidentalmente tropecé con una mujer joven y totalmente desconocida. De inmediato me disculpé, pero a pesar de que no había más nada que decir, no me alejé; estaba paralizado. Ella llevaba un vestido blanco descotado, y su pelo negro y lacio alcanzaba los hombros tersos y firmes. Sus ojos eran verdes y tenía una cara alargada, nariz un tanto respingada y labios pulposos. En aquel momento fugaz la carnosidad de sus labios, las comisuras de los ojos y la amplitud de sus caderas me dijeron —no fue una conclusión metódica e intelectual, sino alcanzada a un nivel instintivo— que en ella confluían varias sangres, conjugándose en ese tipo de mujer cuyos atributos son irresistibles para la mayoría de los hombres. Estoy seguro que ella se dio plena cuenta que mis ojos no me obedecían, que la miraban de arriba abajo, acariciándola con las pupilas dilatadas.

“Me llamo Lola”, dijo al mismo tiempo que me ofrecía una sonrisa espontánea y carente de inhibiciones.

Surgiendo de aquel momentáneo embrujo logré balbucear mi nombre y reciprocarme la sonrisa.

“¿Quieres bailar?”, preguntó al mismo tiempo que me tomaba de la mano y me conducía al centro del salón.

La orquesta tocaba un número movido, repleto de compases inesperados y repiqueteo de sensuales tambores que tan comunes son en la música nuestra.

Ella entró en la melodía como si estuviera en casa, pero su soltura iba mucho más allá de un conocimiento de los pasos prescritos y de un total acoplamiento a los compases de la música. Los movimientos de aquel cuerpo ágil y flexible despertaron en mí algo primitivo que todos los hombres llevamos muy hondo por dentro, algo que momentáneamente eclipsó esa fina capa de civilización y causó que mi mente retrocediera a un nivel más básico, instintivo, donde la lógica y la razón se convertían en simples estorbos.

Afortunadamente, el número musical concluyó y hasta este día no estoy seguro si ella notó el efecto tan perturbador que su mera presencia había surtido sobre mí. Pero esto era sólo el principio de lo que más adelante se convertiría en una relación clandestina, con sus altas y sus bajas, y que perduraría hasta el día nefasto en que ella fuera víctima de un crimen pasional mencionado en la tercera sección de un diario capitalino.

La orquesta, sin transición, pasó de aquel número movido a los compases lánguidos y sensuales de un bolero –popular por aquel entonces– de letra melancólica y sugestiva.

Sentí entonces las manos de Lola que me asían muy cerca, y su cara que se acomodaba con familiaridad sobre mi hombro. Cerré los ojos y me dejé llevar por la melodía, perdido en el laberinto de aquel cuerpo tibio que me estrechaba con ansias y guiado por el perfume que exudaba su piel. En medio de aquella súbita pasión, un pensamiento lúcido se abrió paso en aquel caos emocional: jamás ninguna mujer me había hecho sentir así. No quería que aquel instante terminara, sino que se extendiera hacia una eternidad donde todo mi ser se confundía con el de ella, hasta el mismo fin del tiempo.

Una mano abrupta y furiosa, tirándome con fuerza del hombro izquierdo, me arrancó de aquel abrazo eterno; un puño brusco y demoledor hizo un doloroso contacto con mi mentón, al mismo tiempo que una voz ronca gritaba “¡Ella es mía!”. Aquella increpación no estaba dirigida a mí directamente, sino que era una amonestación general a todos los hombres que se encontraban presentes.

Todo fue tan repentino e inesperado que no tuve tiempo de reaccionar. Aquel traicionero golpe me hizo retroceder involuntariamente, y sin duda habría caído de espaldas si no hubiese sido por las manos anónimas que me sostuvieron antes que me desplomara sobre una mesa lateral. De repente sentí el sabor inconfundible de la sangre en la boca. Otros de los concurrentes prontamente se abalanzaron sobre el agresor, y en cuestión de momentos fue expulsado del salón de baile. Todo el mundo había sido testigo de un ataque sin provocación alguna. Desde el bar, envueltos en una servilleta de hilo, alguien procuró varios cubitos de hielo, que gustoso apliqué sobre el mentón, con la débil esperanza de prevenir que el labio roto se me hinchara.

Entre las caras curiosas que me rodeaban, distinguí a mi hermano. Alertado por la súbita conmoción, se había unido al grupo de curiosos. “¿Estás bien?”,

me preguntó. Yo asentí con la cabeza, pues todavía sostenía los cubos de hielo sobre el mentón golpeado. En realidad buscaba entre aquellas caras desconocidas la de aquella mujer que con su sola presencia había precipitado aquel doloroso episodio, pero ya ella había desaparecido. De repente me di cuenta que yo no sabía absolutamente nada de ella, solamente su nombre, pero me envolvió la certidumbre de que tenía que volver a verla; el recuerdo de la euforia engendrada por su presencia –a pesar del dolor– todavía se encontraba presente.

“¿Has visto a Lola?”, le pregunté a mi hermano a la salida del baile, aunque sabía que mi pregunta no tenía sentido.

“¿A quién?”, me contestó él, enseñando una expresión de extrañeza.

“A nadie”, le contesté, “Es alguien que conocí esta noche”.

Estoy seguro que él no le dio importancia a mi pregunta a pesar del tono de ansiedad con que yo la había formulado.

El resto de las vacaciones navideñas transcurrió como en años anteriores: frecuentes visitas a casa de familiares y comidas cuya suntuosidad delataban lo especial de la estación. Todas estas festividades culminarían con la animada celebración de una fiesta de año nuevo concurrida por familiares y amigos de la familia. O sea, nada fuera de lo común. A principios de año, regresaría a La Habana para reanudar mis estudios de derecho.

A pesar de todas las distracciones que ofrecían aquellos días tan especiales, comprendí que llevaba por dentro una vaga inquietud, un constante desasosiego ocasionado por el breve estado de euforia irracional que había sentido en compañía de Lola y su súbita desaparición. Ya que no sabía nada de ella, me resigné al hecho de que nunca más la vería. Conscientemente intenté disfrutar de aquellos últimos días antes de mi regreso a la universidad.

Dos días antes de aquel viaje de regreso, mientras tomaba un café de sobremesa en compañía de mis padres, se oyó que alguien llamaba a la puerta.

“Abro yo”, les dije, para que no tuvieran que molestarse.

En el umbral se encontraba un joven. Colgándole del hombro traía su equipo de limpiabotas, y pensé que venía a ofrecernos sus servicios, pero aquella conclusión era errónea. Sin decir palabras, se limitó a extenderme un sobre

cerrado y entonces se retiró.

Extrañado, lo recibí y de inmediato vi que llevaba mi nombre en su exterior. La letra era fina, delicada y bien definida, casi de imprenta, pero era una letra desconocida para mí. La curiosidad no me permitió esperar, sino que rasgué el sobre apresuradamente y extraje la hoja de papel. Aquel pliego, escrito con la misma letra refinada, contenía un mensaje inesperado, pero que hizo que mi corazón palpitara más rápido.

Quiero pedirte excusas por lo sucedido durante el baile. No fue culpa tuya, sino mía. Si me lo permites, me gustaría verte de nuevo y explicarte todo en persona con más detalles. Estaré mañana a las nueve en el Parque de los Héroes. Espero verte entonces.

Lola

Con manos trémulas, temeroso de que mis padres notaran el efecto que aquella nota había surtido sobre mí, la guardé raudo en un bolsillo y traté de retomar el hilo de la conversación, pero me resultó imposible. Desde ese momento en adelante sólo pensaba en la hora en que volvería a ver a Lola. Jamás me pasó por la mente la posibilidad de no asistir a la cita, o preguntarme cómo ella me había localizado. El solo recuerdo de su presencia era suficiente para nublar todo razonamiento.

Las próximas veinticuatro horas se me hicieron interminables. Para hacerlas más llevaderas, intenté repasar unos textos de la escuela de derecho que había traído conmigo, pero después de adentrarme en el primer párrafo de Derecho Romano, mi mente divagaba hasta llegar al mismo punto: Lola. Esa noche, durante la cena, mi madre comentó que me encontraba un poco distraído y poco conversador. Ella tenía toda la razón, pues cuando la familia se sentaba a la mesa, con frecuencia yo animaba las comidas con anécdotas estudiantiles. Simplemente contesté que no era nada, sino que pensaba en el trabajo e investigaciones que me esperaban en La Habana después de mi regreso.

Desde mi habitación oí el venerable reloj de pared anunciando las ocho. Aunque el Parque de los Héroes sólo se encontraba a unos veinte minutos de distancia, mi impaciencia y ansiedad me impulsaron a salir de casa. En la sala

me miré por última vez en el espejo que se encontraba al lado de la puerta principal, asegurándome que el nudo de la corbata no estuviera torcido y que mi cabello se encontrara en orden. Consulté el reloj de pulsera una vez más: las ocho y cinco.

Si dijera que recuerdo los detalles del trayecto hacia el parque, mentiría. De vez en cuando conocidos me saludaban pero en aquellos momentos no eran sino seres incorpóreos y sin identidad que no dejaron la más mínima huella en mi memoria. Lo único que sí recuerdo es que a medida que me acercaba, mi corazón latía con más fuerza y el recuerdo de Lola se hacía más intenso.

A esa hora el parque siempre se encontraba bastante concurrido; el calor insoportable del día se había apagado y sólo quedaba ese leve vapor tibio que todavía emanaba lentamente de las aceras, del pavimento de las calles y de las superficies de concreto. Era un aliento cálido que lo envolvía todo, y que no se desvanecería completamente hasta el amanecer, para entonces comenzar un nuevo ciclo. Las gentes surgían de las casas, y como hormigas obedeciendo una llamada irresistible y desconocida, se congregaban en el foco del parque. Algunos se sentaban en los bancos, bajo los almendros, y simplemente fumaban con deleite o entablaban animadas conversaciones con amigos, conocidos, y a veces hasta con extraños. Otros —casi siempre los más jóvenes— recorrían incansablemente la circunferencia del parque, para de esta forma captar en su totalidad el cambiante panorama cinético que se desplegaba noche tras noche.

Súbitamente me asaltó el temor que Lola no asistiera a la cita; instintivamente miré el reloj. Todavía faltaban veinte minutos. En su nota ella solamente había dicho El Parque de los Héroe, sin indicar un sitio específico. Pensé en sentarme, pero de inmediato descarté la idea; no quería correr el riesgo de pasar desapercibido y que ella no me encontrara. El sitio más obvio y visible, concluí, era junto al inmenso monumento de mármol tallado —ubicado en el centro del parque— que conmemoraba las gloriosas batallas y exaltaba las hazañas de los próceres de la patria.

Una vez más consulté el reloj, y mi impaciencia me hizo creer que las manecillas no avanzaban. Todavía faltaban diez minutos para la hora indicada. Permanecí allí parado, junto al colosal obelisco que ostentaba nombres y fechas, por lo que me pareció un intervalo interminable.

A las nueve y cinco comencé a desesperar. Tal vez ella se había olvidado completamente de la cita, y la idea de no volver a verla me martirizaba. Para tranquilizarme me dije a mí mismo que todo había sido su idea, que era ella quien había expresado el deseo de volver a verme.

Escudriñé de nuevo las caras anónimas, haciendo un esfuerzo inútil que en mi creciente desespero pensé me ayudaría a identificarla en la amorfa multitud. Miré otra vez el reloj: las nueve y cuarto.

“Perdona el retraso”, oí una voz a mis espaldas. A pesar de que casi no habíamos cruzado palabras durante el baile, reconocí su voz de inmediato. Ella no había entrado al parque desde una de las calles que lo rodeaban, sino a través de una brecha irregular entre los setos que circundaban la parte posterior del monumento a los héroes.

“No tiene importancia”, me oí decir, disculpándola sin siquiera saber las circunstancias, “Estaba entretenido mirando la gente”.

No es hasta ahora, analizándolo todo con la perspectiva que dan los años y ayudado por la claridad de la noticia de su muerte, que me doy cuenta que mi conducta comenzó a obedecer esa pauta desde el principio de nuestra relación.

“Mi madre no se sentía bien y tuve que prepararle unos remedios”, dijo.

“Espero que se sienta mejor”, ofrecí débilmente, sin saber en realidad qué decir.

“Son dolencias de la edad, pero no he venido para hablar de eso”, dijo acercándose más al mismo tiempo que colocaba su mano sobre mi brazo. Una vez más sentí un estremecimiento interior al sentir el roce de su piel y aspirar aquella fragancia embriagadora.

“No comprendo del todo”, dije después de una leve pausa.

“Sólo quería pedirte disculpas por la conducta de Roberto. Fue un suceso que no tiene excusas”.

“¿Quién es Roberto?”, le pregunté, pero de inmediato caí en cuenta que era el joven que me había agredido durante el baile.

“Roberto estaba también en el baile”, dijo ella, pero sin hacer mención específica del bochornoso episodio. “Él y yo fuimos novios en el pasado, pero

ya no hay nada entre nosotros. Es una verdad que él se niega a aceptar; cree que con sus demostraciones de celos volveré con él, pero esos espectáculos lo que me provocan es lástima y últimamente hasta un poco de desprecio”.

“Sí, ahora comprendo; tal vez él vio en mí una amenaza que ponía en peligro la relación que desea restablecer contigo”, le dije después de analizar sus palabras.

“Precisamente”, concordó ella. “Es por eso, como ya te dije, que quería disculparme contigo. Nada de lo sucedido fue culpa tuya”, agregó al mismo tiempo que se acercaba aún más a mí.

Me di cuenta que su proximidad, combinada con el contacto de su mano sobre mi brazo, y sobre todo aquella fragancia, surtían un efecto eufórico que embotaba y anulaba mi intelecto. Éste se rendía ante la fuerza arrolladora de lo que ella suscitaba en mi interior. Era lo mismo que había sentido durante el baile.

Haciendo un esfuerzo que iba en contra de mi voluntad, di un paso hacia atrás, así creando momentáneamente una distancia que me permitiera recobrar mis cabales.

“Acepto tus disculpas”, me oí decir con una voz trémula. “Todo queda olvidado”. En mi interior tenía la esperanza de que ella no hubiera notado mi falta de ecuanimidad, pues quería dar la impresión de un total control sobre mí mismo.

“Mucho me alegro”, dijo ella, una vez más disminuyendo la poca distancia que nos separaba y con un gesto muy natural me acarició levemente la comisura de la boca —el sitio donde había recibido el puñetazo— al mismo tiempo que me ofrecía la misma sonrisa espontánea e irresistible con que me había embrujado durante el baile, y con un gesto coqueto entornó sus ojos verdes. Como la semana anterior, deseé que ese momento no terminara, que se extendiera hasta el final del tiempo, que aquella fragancia misteriosa sustituyera el aire que respiraba por el resto de mis días.

“Tengo que regresar a casa”, dijo Lola de una forma casi abrupta, al mismo tiempo que retiraba la mano de mi cara.

“Pero si acabas de llegar”, le contesté con un tono de protesta.

“Sí, ya lo sé”, explicó, “pero mi madre se enfermó de repente y tengo que regresar para cuidarla. Solamente tomé unos minutos para venir, pues no quería faltar a esta cita y pedirte excusas personalmente”.

“Comprendo –dije– espero que se mejore pronto”, pero el tono de decepción que reflejaba mi voz no era por la salud de aquella señora desconocida, sino por el hecho de que tan misteriosamente como había aparecido, en cuestión de minutos Lola volvería a desaparecer de mi vida.

Instintivamente identificando el tono acongojado de mi voz, ella se acercó de nuevo y con la mayor naturalidad, me susurró al oído “Visítame el domingo”, y subsiguientemente me indicó la dirección. Acto seguido, me dio la espalda y desapareció por la misma brecha en los setos que circundaban el monumento erigido a los héroes de la patria.

LOLA

IV

“Lola... Lolita... ¿Por qué llora tu hermanita?”

La niña, sentada sobre el piso de baldosas, no le responde al padre, sino que levanta la cabeza, lo mira largamente y le ofrece una sonrisa.

La otra niña, un poco menor, también mira al padre, como implorándole que haga algo sobre la situación. Alrededor de ellas varias muñecas y sus pequeñas prendas de vestir, según el estado de desorden general, son evidencia irrefutable de que las niñas han estado peleándose.

De momento, éste no sabe qué hacer. La niña menor no deja de llorar; tal vez es la única forma que tiene para expresar su desagrado. Hay dos muñecas, pero ella no tiene ninguna; su hermana, todavía sonriendo, las abraza y las acaricia, como si fueran sus propias hijas.

Envalentonada por la presencia del padre, la niña menor intenta rescatar su muñeca, pero la hermana la esquivo fácilmente al mismo tiempo que la estrecha contra su pecho con más fuerza, como una madre que defiende a su prole.

La menor chilla aún con más brío.

El padre se encuentra indeciso, atrapado entre los gritos de una y la sonrisa de la otra. En su interior reconoce que lo justo es que compartan las muñecas, que jueguen armoniosamente y que no estén siempre a la merced de los caprichos egoístas de Lola.

Entonces, con movimientos raudos, se agacha y levanta sin dificultad a la menor de las niñas. “No llores, preciosa”, le dice al oído, intentando consolarla. “Papá tiene una sorpresa para ti”, le susurra con tonos suaves al mismo tiempo que la saca de la sala y la lleva a la cocina. De una de las alacenas más altas, alcanza un pequeño talego de papel multicolor. “Son caramelos”, le dice a la niña al mismo tiempo que abre la bolsa y pone al descubierto su contenido. La niña deja escapar un suspiro hondo y deja de

llorar; su mano ávida y regordeta, al principio vacilante, por fin se decide por uno de los caramelos invitantes que con gusto se mete en la boca. El padre queda aliviado; nunca le han gustado las disputas entre las niñas, pues no sabe qué hacer a ciencia cierta. “Vamos al jardín”, dice mientras abre la puerta posterior de la cocina que se abre al pequeño traspatio repleto de jazmines, azucenas y rosas. En su centro hay una diminuta fuente con dos bancos. Ambos sonrían al transponer el umbral.

Pero algo ha pasado desapercibido al padre; tan angustiado se encontraba ante el llanto de su hija menor, que no se percata que desde la puerta que comunica con la sala Lola, todavía con las muñecas en los brazos, los ha estado observando todo el tiempo. Entonces, ya segura de que está sola, abandona las muñecas sobre la mesa, mueve una de las sillas hacia el estante y después de subirse en ella, alcanza sin dificultad la alacena más alta. Allí están los caramelos, en el talego multicolor. Pero Lola no se conforma con uno, sino que después de apoderarse de la bolsa, cierra el armario, pone la silla en su lugar y regresa a la sala.

SU RECUERDO

V

Supongo que atando cabos todos aquellos eventos tan inesperados debieron haber despertado sospechas: nuestro encuentro en el baile; la misteriosa misiva para que la encontrara en el parque (nunca logré saber cómo ella averiguó mi nombre y dirección), y la extraña invitación a que la visitara. Después de todo, éramos extraños, y las señoritas con que acostumbraba codearme jamás extendían ese tipo de invitación, sobre todo a alguien que acababan de conocer.

Todo eso lo reconozco ahora, ayudado por la fría claridad de perspectiva que me ha proporcionado la noticia de su violenta e inesperada muerte. Pero en aquel entonces –parece que todo sucedió siglos atrás– mi razón estaba embotada por sus encantos, por aquella atracción animal que sin una explicación lógica se había adueñado de todos mis sentidos.

Confieso que la posibilidad de ignorar la invitación y no visitarla jamás me pasó por la mente. A pesar de tener varios compromisos antes de mi regreso a la capital, desde el principio elaboré mentalmente pretextos para poder asistir a aquel encuentro clandestino.

La dirección que Lola me había dado estaba ubicada en una sección de la ciudad poco conocida para mí. Inútilmente intenté imaginarme cómo sería su casa, y si su madre se habría repuesto de sus dolencias. Pero todas mis conjeturas conducían a otras interrogantes mayores, hasta perderse en un laberinto infinito de posibilidades donde mi razón se extraviaba sin encontrar salida.

La noche antes de aquella visita no dormí bien. Soñé con el baile, con su perfume, y con el breve encuentro en el Parque de los Héroes. Me di cuenta que mi mente se aferraba a los escuetos detalles concretos que nos vinculaban, repasándolos subconscientemente hasta llegar a la saciedad.

Aunque no sabía exactamente dónde se encontraba la casa de Lola, sí tenía

una vaga idea de su ubicación general. El barrio era uno de los más antiguos de la ciudad –construido durante la época colonial– y sus casas, dada su antigüedad, delataban su edad por la arquitectura ya pasada de moda. Las calles eran angostas y polvorientas y algunas todavía ostentaban el irregular empedrado obsoleto desde hacía décadas. Muchos de sus antiguos habitantes se habían mudado a secciones más modernas de la ciudad, donde los edificios enseñaban ventanales amplios, colores más claros e invitantes y las anchas calles reflejaban explícitamente que su propósito era el tránsito de vehículos motorizados y no el de los ya desaparecidos quitrines y calesas de antaño.

Aunque no conocía bien aquella sección de la ciudad –ya lo he dicho– no tuve dificultad en localizar la calle que buscaba. Todas las viviendas eran típicas de aquella época, con sus techos de tejas, portales de columnas clásicas, pisos de losetas gastadas y sus diseños desteñidos por el sol implacable. El número indicado, sin embargo, fue más escurridizo que la calle. Localicé la cuadra, pero el número que buscaba se escabullía entre uno mayor y uno menor. La dirección no existía. De nuevo revisé los números que exhibían placas de mosaicos y que se encontraban empotrados al lado de las puertas principales. No, el número que me había dado Lola no aparecía por ningún lado. Ya casi me había dado por vencido cuando me percaté que entre las dos casas, casi escondido, había un portón sin número. Sin vacilaciones, y guiado por mi desesperación, lo abrí y me introduje por la angosta brecha entre las dos casas. Conducía ésta a un húmedo y oscuro zaguán, y al fondo se divisaba la luz del sol. Me adentré en aquel sendero desconocido, un tanto temeroso de que los habitantes me confundieran con un intruso que había invadido su morada. Durante el breve trayecto me pareció oír una melodía distante, pero no puedo aseverarlo con seguridad. Cuando surgí de la penumbra, al otro extremo del zaguán, me encontré en un amplio patio soleado –la súbita luz me encandiló momentáneamente– repleto de canteros húmedos cuyo prolífero contenido floral derrochaba sus colores sin inhibiciones en la luz cegadora de la media tarde.

De un alero colgaba una jaula donde dormitaba un canario y, aprovechando la luz solar, unas prendas de ropa se encontraban nítidamente alineadas sobre la cuerda de una tendedera.

Confieso que en aquel instante me encontré indeciso, y que, temeroso de

haber cometido un error, consideré retroceder sobre mis pasos y volver a casa. Fue durante ese momento eterno de indecisión, atrapado entre la cautela y la temeridad, que oí su voz.

“Pensé que no vendrías”, me dijo mientras surgía de la penumbra de una habitación interior y entraba de lleno en el sol. Sentí entonces una mezcla de alegría y alivio, la misma que sentiría a través de los años venideros al encontrarme en su presencia.

“Me costó trabajo encontrar la dirección”, ofrecí a forma de excusa débil.

“Eso sucede con bastante frecuencia; la entrada no tiene número, como ya sabes”.

De repente tuve la fugaz impresión de que todo sobre aquella mujer era diferente y extraño, que nunca antes había conocido a nadie como ella, y que aquella tarde alteraría irrevocablemente el resto de mi vida. Pero antes de que lograra ordenar aquellos pensamientos, Lola me invitó a entrar. Al pasar abruptamente del sol intenso del exterior a la suave semipenumbra de la vivienda, noté un cambio inmediato de temperatura, pero lo más peculiar fue la fragancia inidentificable –la misma que exudaba Lola– que lo impregnaba todo y contenía el ya mencionado elemento desconocido e intoxicante.

No sé si describir aquella amplia habitación, aunque era la primera de la vivienda, como sala. Aunque contenía sillas, un sofá lateral y una mesa de centro, el elemento que imantaba la atención era un altar esquinado, donde la efigie de una santa blandiendo una espada –a sus pies, emitiendo una tenue y temblante luz, velas votivas iluminaban las variadas ofrendas y multiplicaban su brillo en el metal refulgente– regía el ámbito en su totalidad.

“Mi madre es creyente”, explicó Lola en voz baja al notar mi desconcierto, al mismo tiempo que se acercaba más a mí. Una vez más, como en el baile, sentí que flotaba en una burbuja donde la única atmósfera era aquella fragancia que aún no lograba identificar.

“¿Y cómo sigue ella?”, atiné a decir, pues el espectáculo que presenciaba me había dejado atónito.

“Mucho mejor”, contestó Lola con el mismo tono suave, “Hoy se fue desde temprano para pasar el día con una prima”.

Aquellas palabras, al darme cuenta de que me encontraba solo con ella, me causaron una intensa aprensión. Como momentos antes en el patio, me encontré sumido entre la cautela y la temeridad. Espoleado por las ansias de volver a verla había acudido gustoso a la cita, pero no había pensado en la visita en sí. Tal vez había asumido que sería una visita como tantas otras, y por supuesto, su madre estaría en casa, ya que no se encontraba bien de salud.

“Siéntate”, me dijo ella, indicando una silla cercana. “¿Quieres café?”

“Sí, está bien”, le contesté sin pensar.

“Ahora vuelvo”, dijo y desapareció hacia el fondo de la vivienda. Después de unos instantes, se oyeron unos ruidos que provenían de la cocina. Desde el exterior se oyó el trinar del canario, horadando el silencio de la tarde soleada desde su jaula.

Esta ausencia momentánea de Lola me dio la oportunidad para escudriñar aquel recinto más detalladamente. Mi primera impresión había sido acertada. El foco de aquel salón no era los modestos muebles, ni los retratos mustios que colgaban de las paredes, sino el altar erigido en una de las esquinas posteriores. Esto reiteró mi primera impresión de que me encontraba en un recinto muy privado, ubicado entre lo sagrado y lo profano, y al cual muy pocas personas tendrían acceso. Intenté encontrar una pista sobre la dueña y edificadora de todo aquello, pero después de examinar las fotos, me di cuenta de que casi todas eran de Lola, y que no había ninguna de una mujer que pudiera ser su madre.

Una vez más, antes de que pudiera tamizar aquellas impresiones fragmentadas y alcanzar conclusiones lógicas, Lola reapareció en el salón. En las manos sostenía una bandeja metálica con dos tazas humeantes, una azucarera regordeta y una cucharilla de mango labrado, pero de un metal ostensiblemente inferior.

Con un gesto fluido colocó la bandeja sobre la mesa de centro y me ofreció una de las tazas. “Le puedes poner azúcar a tu gusto”, dijo, “yo prefiero tomarlo amargo”. El leve contacto con su mano me hizo estremecer.

“Gracias”, contesté mientras endulzaba el café ligeramente y aparentaba una ecuanimidad que estaba muy lejos de sentir. Soplé ligeramente la infusión, aunque no estaba seguro si se encontraba demasiado caliente, intentando crear,

una vez más, una pausa que me permitiera ordenar mis pensamientos.

“Siento que hayas tenido dificultades para encontrar la casa”, dijo ella, “No sé por qué no te di más detalles”.

“No fue nada”, contesté, “tal vez te encontrabas preocupada por la salud de tu mamá”.

“Sí, es probable”, dijo, pero sin poca convicción en la voz.

Con movimientos lentos, destinados a prolongar aquella pausa en la difícil conversación, comencé a tomar pequeños sorbos de la taza humeante, permitiendo que el vapor que emitía penetrara sin restricciones por los canales nasales, hasta alcanzar la profundidad de mis pulmones. A través del vapor que ascendía lentamente frente a mis ojos, una vez más distinguí los destellos de las velas votivas reflejados en la espada justiciera de la santa.

“Ven conmigo”, susurró Lola al mismo tiempo que extendía una mano. Al ponerme de pie, sentí una sensación extraña, como un ligero mareo, pero no le di importancia. También noté que ya mis ojos no tenían dificultad ninguna en distinguir claramente todo lo que al principio me había parecido velado por la penumbra del recinto. El trinar del canario alcanzó un volumen casi insoportable. La fragancia única de Lola me envolvió, como una marea rauda e inesperada que amplificó mis sentidos y al mismo tiempo arrasó con los vestigios de mi voluntad.

El suave contacto con su mano provocó un leve estremecimiento interior que recorrió todo mi cuerpo. Sin ofrecer resistencia, me dejé guiar por aquella mano desconocida. Atravesamos toda la extensión de un corto corredor hasta alcanzar la habitación que se encontraba al fondo de aquella recóndita vivienda. Su interior reflejaba el leitmotiv del primer salón, pero en una escala reducida. En una esquina, se repetía el altar dedicado a la misma santa, incluyendo las velas votivas y las ofrendas ceremoniales. En una de las paredes laterales, distinguí un tocador cuya superficie se encontraba cubierta de potes y otros frascos de productos destinados a realzar la belleza femenina. En la pared opuesta descansaban dos butacones mullidos, aunque de un estilo ya pasado de moda. Pero el foco central de aquella habitación, sin embargo, era la cama central, cubierta con un amplio cubrecama de terciopelo bermejo. La fragancia inconfundible de Lola se intensificó; infructuosamente, pero sin

éxito, busqué floreros o cualquier otro receptáculo que pudiera ser su fuente.

“Siéntate”, me dijo al oído. Dócilmente di unos pasos hacia uno de los butacones, pero ella me tomó del brazo y suavemente me guió hasta el borde del inmenso lecho.

Recuerdo que en aquel momento sentí una mezcla de incredulidad y sorpresa; reconozco que desde el instante en que la conocí la había deseado, pero jamás pensé que aquella visita culminara en lo que todavía me parecía un sueño.

La fragancia intoxicante de Lola una vez más nubló mis sentidos y anuló mi voluntad; sin transición sentí sus manos acariciando mi rostro y su aliento cálido y rítmico sobre mi piel. Instintivamente busqué su boca húmeda y pulposa. Cerré los ojos y me dejé arrastrar por aquella marea irresistible de pasión. En lo que me pareció cuestión de minutos, o tal vez una eternidad, sentí su cuerpo desnudo junto al mío, ansiosos ambos de consumir el acto carnal que conducía a ese nirvana anhelado, pero efímero, que reafirmaría que habíamos dejado de ser conocidos (creo que el término amigos sería inexacto) para convertirnos en algo mucho más íntimo y profundo. Durante aquella enloquecedora faena, el tiempo dejó de existir; la única realidad era aquel cuerpo divino que con cada contorsión casi espasmódica y gemidos de placer parecía exudar con más intensidad aquella fragancia que saturaba la habitación. Al alcanzar el clímax final sentí mi cuerpo volverse tenso, y sin darme cuenta dejé escapar un sonido gutural, donde se conjugaban todos los sentimientos y pasiones que las palabras no podían expresar. En aquella habitación no existía una realidad más allá del cuerpo de Lola.

Permanecimos acostados por un largo tiempo, como si dispusiéramos de siglos para estar juntos, para prolongar el éxtasis a través de las caricias que pretendían explorar, ahora con más calma, aquellos lugares más íntimos ya visitados durante los momentos de pasión.

“Mi madre está al llegar”, dijo ella súbitamente al mismo tiempo que abandonaba el lecho; comenzó a vestirse con prisa como si alguien estuviera a punto de aparecer en el umbral.

Sobresaltado, también busqué mis ropas (no sabía en realidad a dónde habían ido a dar) y me vestí reflejando la misma urgencia de ella.

“Pensé que estaba con una prima”, dije.

“Sí, pero lo que no te dije es que mañana tiene que visitar un especialista. Todavía no se ha logrado un diagnóstico del mal que la aflige; ella fue a casa de su prima para pedirle un dinero prestado. Hasta este momento no hemos logrado reunir el importe de la visita, y estoy segura que habrá más gastos en el futuro, cuando ella comience los tratamientos.

En aquel momento, todavía borracho de Lola, lo que más quería era ser el hombre que pudiera ayudarla, sacarla de cualquier apuro y que aquel gesto me convirtiera en el hombre agraciado ante sus ojos.

“Toma”, dije sin vacilar al mismo tiempo que sacaba la billetera del bolsillo y, sin contarlos, le entregué todos los billetes que contenía. “Tal vez esto te ayude”.

“Gracias”, dijo ella después de una pausa. “En cuanto pueda te lo devolveré”, susurró al mismo tiempo que se acercaba mí y me besaba levemente en la mejilla.

“No es nada”, dije jubiloso, pues había logrado ayudarla; no había nada más importante.

“Quiero verte de nuevo”, dijo antes de que yo saliera.

“Regreso el mes entrante”, dije, pensando que aquella ausencia me parecería interminable

“Hasta entonces,” dijo y esta vez me besó en la boca, muy duro, como para asegurarse de que no la olvidara.
En su jaula, envuelto en la suave brisa de la tarde, el canario trinaba de felicidad.

LOLA

VI

El aula bulliciosa, repleta de los alumnos que comienzan el día de instrucción, espera paciente la llegada de la profesora. Los estudiantes alcanzan los pupitres asignados, levantan sus tapas y colocan en el oculto compartimiento sus libros, cuadernos y otros materiales escolares. Éstos son los primeros momentos un tanto caóticos antes del comienzo de la jornada matutina. Intercambian comentarios y lanzan preguntas, con esperanzas de esclarecimiento, sobre las tareas de la noche anterior. Otros acuden presurosos a la esquina donde se encuentra el sacapuntas. Su sonido ronco, suscitado por el rápido movimiento rotativo de una mano juvenil, subraya el ajetreo reinante.

Sobre la pizarra que encabeza el aula se divisan, escritas con una letra clara y firme el día anterior, las metas pedagógicas para ese día. En la esquina opuesta al sacapuntas, montada sobre un pedestal de madera que sostiene el asta, una enorme bandera cubana. La flanquean los cuadros que enseñan las caras insignes de los próceres de la patria: José Martí y Antonio Maceo. Es importante inculcar desde temprano el fervor patriótico; el aula no es solamente un centro de instrucción, sino también una cuna de la cual surgirán los ciudadanos que serán el orgullo del país.

Por un corredor techado que circunda el patio central, se oye el sonido premonitorio de un taconeo rápido y febril sobre las pulidas baldosas, como el de una ametralladora lista a segar todo lo que se encuentre a su paso. La profesora ha llegado, y como de costumbre, viene con unos minutos de retraso. Los alumnos no protestan, pues son estos momentos los que les permiten organizarse mentalmente antes de que comiencen los rigores académicos del día.

Entra en el aula —la respiración un tanto entrecortada— y da los buenos días. Los alumnos, de pie al lado de sus pupitres, responden con una voz plural, pero perfectamente sincronizada.

La maestra, con un movimiento leve de la mano, les indica que se sienten.

Esa mañana lleva un vestido festivo que repite los colores florales de los canteros del patio. Bajo el vestido, trabajosamente tratando de contener los excesivos tejidos adiposos, se adivina una faja reforzada con rígidas ballenas.

Antes de comenzar con las lecciones para ese día, como es su costumbre, recoge las tareas asignadas el día anterior. Comienza con la primera fila; cada alumno entrega su trabajo al que se encuentre sentado delante de él, de esta forma todos los papeles llegan, en perfecto orden, a manos de la maestra.

Una niña, casi al fondo del aula, mira con ojos melosos al alumno que se encuentra a su lado. Éste asiente levemente con la cabeza y le entrega un pliego con las tareas para ese día. Entonces ella, con una leve sonrisa, plasma su nombre antes de incluirlo con el resto de los trabajos: Lola.

SU RECUERDO

VII

Tal y como había planeado, regresé a La Habana después de las vacaciones navideñas. Me hospedaba por aquel entonces en una casa de huéspedes ubicada en la calle San Lázaro, cuya propietaria había acogido a infinidad de estudiantes a través de los años.

Mi habitación se encontraba exactamente como la había dejado dos semanas antes. Sobre el escritorio de segunda mano todavía descansaba, abierto, uno de los textos de Derecho Romano y a su lado un cuaderno con los meticulosos apuntes que acostumbraba hacer a medida que me adentraba en las complejidades laberínticas de aquella materia. La escueta cama enseñaba los diseños desteñidos de un edredón aguamarina, obsequio de mi madre a principios de mis estudios. Nada había cambiado.

Desde aquella visita clandestina a la casa semioculta de Lola, no dejaba de pensar sino en aquel intenso pero a la vez fugaz encuentro. Definitivamente nunca había conocido a nadie como ella. Aunque ésa no había sido mi primera experiencia con una mujer (después de todo, vivía en La Habana, era joven y soltero), los vagos recuerdos de aquellos otros interludios se desvanecían en mi memoria como fantasmas sin sustancia con los primeros rayos del sol. Todos carecían de aquel impacto trascendental que era parte integral de la personalidad de Lola. Me dije a mí mismo que nada podía hacer, sino tratar de concentrarme en los estudios e intentar (aunque sabía que sería en vano) no pensar en ella.

Los días y semanas subsiguientes pasaron con lo que me pareció una lentitud y rutina interminables. Después de un desayuno de pan tostado y café con leche en la casa de huéspedes, acudía a mis clases universitarias en los tranvías que transitaban por las calles habaneras. Al final del día, encerrado en mi habitación, escuchaba las noticias en un pequeño radio que descansaba sobre una mesa esquinada, y entonces comenzaba a repasar los apuntes que había hecho durante las clases ese día. Esa sucesión de días indistintos e

interminables se multiplicaba de una forma implacable, como si se encontrasen reflejados en un malévolos laberinto de espejos.

Por fin, llegó el tan esperado receso de las pascuas; podría regresar a casa de mi familia durante diez días e intentar ver a Lola de nuevo. De paso debo mencionar que aquel aislamiento voluntario en la soledad y el silencio de mi habitación en la casa de huéspedes me valió las mejores notas y calificaciones de mi carrera. La ausencia de Lola me había estimulado a canalizar mis energías de una forma positiva.

Cuál no sería mi sorpresa al regresar a casa y encontrar en mi habitación una carta –sin remitente– sobre mi escritorio.

“Llegó para ti hace unos días”, explicó mi madre, pero sin darle mucha importancia. Posiblemente pensó que provendría de alguna de mis amistades en La Habana. También extrañado y curioso, rasgué el sobre con manos trémulas; yo no esperaba carta de nadie, pero inmediatamente reconocí la letra refinada.

La escueta misiva, como la que había recibido meses antes después del baile, contenía una breve invitación que me hizo estremecer de júbilo.

Bienvenido. Me alegro que estés de vuelta de La Habana. No sabes cuánto he pensado en tu regreso. Te espero el domingo. Lola

Como la primera vez, el regocijo que sentí al leer aquella nota nubló mi entendimiento y no me permitió analizar las circunstancias y las intenciones que ocultaban. ¿Cómo sabía ella mi dirección? ¿Por qué estaba al tanto del horario universitario y de sus días de asueto?

Nada de esto pasó por mi mente; lo único que me importaba era que Lola quería verme de nuevo, que por fin lograría saciar aquellas ansias de su presencia embriagadora que había soportado durante los últimos meses en La Habana.

El domingo de la cita no era uno como tantos otros, sino el Domingo de Resurrección, uno de los días más especiales en el calendario católico. Aunque mi familia no era fiel seguidora de los preceptos de la iglesia, ése era uno de aquellos días –como tantos otros cubanos– en que asistíamos a la

iglesia. Nunca me pregunté si lo hacíamos por devoción o por tradición, pero desde niño era algo que observábamos sin falta.

Los días de semana santa que precedían el domingo estaban siempre cargados de una solemnidad que imperaba en todo el país y que nadie se atrevía a quebrantar: las estaciones radiales no emitían música popular; los salones de baile permanecían cerrados y por lo general era la época del año en que las iglesias se encontraban más concurridas y las procesiones religiosas que desfilaban por las calles, con sus santos en andas, eran algo común y corriente.

Durante aquellos tediosos días de recogimiento, aproveché el tiempo para visitar amistades, leer libros que no tuvieran que ver con la carrera de derecho y en general ponerme al día en los asuntos de la familia. Mis padres no solamente se encontraban felices de que yo estuviera en casa, sino también demostraban su orgullo por mis excelentes calificaciones.

El Domingo de Resurrección, después de un desayuno demasiado suntuoso y abundante para carecer de un significado especial, mis padres y yo salimos hacia la iglesia. Caminamos lentamente, pues el trayecto era largo y a pesar de la hora temprana, el sol ya empezaba a calentar. En la distancia se oían las campanas emplazando a los fieles a la misa que conmemoraba el triunfo de la vida sobre la muerte.

La iglesia, una amplia estructura de fachada barroca, daba la bienvenida con sus puertas abiertas y el doblar de sus campanas a los visitantes matutinos. Antes de entrar, mis padres saludaron a varios conocidos y también aprovecharon la oportunidad de recordar a todos que yo estaba de visita y que estaba a punto de terminar la carrera de derecho.

Durante aquella solemne ocasión –Dios me perdone– cuando mis pensamientos debían haber estado concentrados en el significado sacro de la ceremonia, en los cánticos fervientes que entonaba el coro, en el aroma edificante del incienso que el sacerdote esparcía con la ayuda de un sahumero labrado, y el agua bendita que lanzaba enérgicamente sobre los fieles con un hisopo de plata, mis pensamientos evocaban el cuerpo desnudo de Lola.

Aquella ceremonia duró un intervalo que a mí me pareció eterno. Cuando por fin concluyó sentí que respiraba con menos dificultad y que la opresión en

el pecho había desaparecido. De nuevo consulté el reloj de pulsera, pero las manecillas parecían estar estáticas.

En casa, ya la cocinera nos esperaba con un espléndido almuerzo, con su colofón de flan y una fuerte infusión de café carretero. La conversación durante la comida giró sobre mis planes después de mi inminente graduación de la escuela de derecho. Según recuerdo, ofrecí a mis padres vagas posibilidades de posibles trabajos en varios bufetes, pero en realidad nada concreto. De soslayo consulté el reloj.

Cuando por fin concluyó el almuerzo, mis padres se retiraron a su habitación, pues tenían la costumbre de dormir la siesta. Era éste el momento que yo esperaba, el momento que había ocupado mi mente toda la mañana. Ansioso, abandoné la casa, y con pasos rápidos me dirigí a la misteriosa casa donde me aguardaba Lola. Esta vez, no tuve dificultad en localizar la entrada; con manos nerviosas abrí el portón y penetré en el zaguán que conducía al patio soleado y a la puerta principal de la casa oculta.

Nada había cambiado desde mi primera visita. Los canteros repetían las flores de vivos colores que se encontraban en mis recuerdos; del alero todavía colgaba la jaula donde el canario trinaba animadamente; la tendedera aprovechaba la luz solar para secar las prendas recién lavadas.

Antes de que pudiera tocar, la puerta se abrió y la figura de Lola quedó enmarcada en el umbral. Algo que yo no había anticipado era cómo nos saludaríamos. No éramos amigos; no éramos novios. En realidad yo no sabía nada de ella, pero Lola no permitió que el momento se convirtiera en una situación engorrosa y al mismo tiempo que sonreía y me tomaba de la mano, me invitó a pasar.

“¡Cuánta alegría me da verte!”, exclamé por fin, y no mentía.

“Igualmente”, contestó ella después de darme un breve abrazo. De inmediato me sentí envuelto en aquel perfume único que exudaba su cuerpo. “Pero siéntate mientras te preparo un café”, agregó al mismo tiempo que desaparecía hacia el fondo de la casa.

Durante aquella corta ausencia, aproveché para examinar el salón y tratar de compaginarlo con el que guardaba en mi memoria. Todo coincidía con lo que recordaba, especialmente el altar esquinado con la figura de la santa y las

ofrendas al pie. Era como si el tiempo se hubiera detenido en aquella habitación y los meses desde mi primera visita no hubieran transcurrido. Tan absorto me encontraba en aquella detallada inspección que súbitamente reparé en que no le había preguntado a Lola por la salud de su madre. Tal vez ella descansaba en una de las habitaciones de la casa y por eso no había salido a recibir al recién llegado.

“¿Cómo sigue tu madre?”, pregunté cuando Lola regresó a la sala con la bandeja del café.

“Igual”, contestó. “Sigue visitando al especialista, pero la serie de pruebas que prescribe parece ser interminable. Hoy fue a pasar el día con su prima, que en realidad es como una hermana para ella”.

“Espero que logren diagnosticar su mal, –dije– a nadie le gusta visitar al médico”.

“De acuerdo, –dijo Lola– pero se te enfría el café”.

“Gracias”, dije al mismo tiempo que endulzaba la infusión.

Sorbí el café lentamente, después de soplar la superficie que todavía exhalaba el vapor de la colada. Una vez más estudié aquella habitación, pero centrando mi atención en el altar esquinado. Todo era tan extraño como la primera vez, pero mis sentidos estaban embotados por la presencia de Lola. Apuré el resto del café y devolví la taza vacía a la bandeja que ella había colocado sobre la mesa central. Sentí entonces un ligero mareo, como cuando llegan los primeros efectos de un trago que se ingiere con demasiada rapidez. Era la misma sensación de un vértigo ligero que había experimentado la primera vez.

“Ven conmigo”, dijo al mismo tiempo que me tomaba de la mano.

Sin protestas, como un niño dócil, me dejé conducir por el angosto corredor que conducía al fondo de la vivienda, donde se encontraba su habitación. Sin una transición que me permitiera analizar el recinto, nos sentamos sobre la cama cubierta por el terciopelo rojo. Las palabras no eran necesarias; es más, habrían sido un molesto estorbo en ese momento tan íntimo. Sin resistencia me dejé llevar por mis instintos, pero esta vez tomé la iniciativa, envalentonado por la certidumbre de aquella tácita invitación.

Propulsado por la juventud y magnificado por la presencia irresistible de Lola, Eros no tardó en posesionarse completamente de mí. Durante aquellos momentos sin igual, envuelto en la fragancia única, con el cuerpo ondulante de Lola bajo el mío, me llegó el sonido de regocijo de campanas lejanas que animaban la tarde dominical. Al alcanzar el clímax, los gemidos guturales de ella lo eclipsaron todo, hasta convertirse en la única realidad para mí.

Quedamos exangües y sudorosos, pero momentáneamente satisfechos, sobre el lecho. Una vez más, las palabras eran innecesarias. Después de un tiempo indeterminado, ella se levantó y comenzó a vestirse, tal vez temiendo que su madre regresara inesperadamente. Yo la miré con deleite, exultando en cada parte de su cuerpo firme y escultural. Consciente de que no podía permanecer allí indefinidamente, me vestí y seguí a Lola hasta el salón principal. Entonces la abracé largamente, anticipando nuestro próximo encuentro.

“Para los tratamientos de tu madre”, dije antes de salir al patio soleado, al mismo tiempo que le extendía un manojito de billetes ajados.

“Gracias”, dijo ella con una voz tenue mientras recibía el dinero. “Es una gran ayuda; ven a verme cuando regreses de la Habana”.

“Sin duda”, contesté al mismo tiempo que mi mano le acariciaba el brazo.

Entonces, con pasos rápidos, me adentré en el zaguán en penumbras que conducía a la calle. Desde la oscuridad, oí el sonido de regocijo de las campanas lejanas que proclamaban las buenas nuevas de la resurrección. Pero en mi mente sólo había cabida para Lola. Súbitamente, y a pesar de habernos separado segundos antes, me di cuenta de que ya la extrañaba con locura.

LOLA

VIII

El plantel escolar se sacude, cambiante y cinético, con el bullicio y la efervescencia estudiantil. Todos los alumnos han sido convocados esa mañana al inmenso patio por la directiva para comenzar con los ensayos que culminarán en el desfile patriótico que tendrá lugar el día de la independencia.

Los profesores, con silbatos que les cuelgan del cuello, intentan dirigir y organizar a la juvenil muchedumbre que desborda su entusiasmo: risas estruendosas; gesticulaciones nerviosas; gritos ahogados que intentan captar la atención de un conocido o amigo cuya faz han reconocido en aquel mar humano.

Poco a poco, valiéndose de los latigazos sónicos, los profesores se imponen sobre el bullicio. Las diferentes clases, empezando por las más avanzadas, se van congregando en las distintas secciones del patio.

Sin previo aviso, sobre una improvisada tarima, aparece el director. Con voz firme, después que los profesores imponen el silencio a sus respectivas secciones, anuncia la importancia que tendrá el desfile ese año. El ministro de cultura asistirá a las festividades, y él determinará cuál de los colegios locales ha presentado una marcha más uniforme y organizada, cuáles alumnos han exhibido de una forma más digna su patriotismo. Después de una pausa, el director declara que cada una de las escuelas del distrito llevará, encabezando el desfile, las diferentes banderas: la escolar, la provincial, y la nacional. La selección recaerá sobre los profesores. Entonces, se retira a su oficina.

De nuevo, el sonido agudo de los silbatos se impone por encima de los murmullos estudiantiles.

En el oasis silencioso de la oficina, sentada en una butaca lateral y con un pliego en la mano, ya lo espera la profesora encargada de recibir los nombres de los estudiantes que han sido nominados para llevar las diferentes banderas. El director lo acepta silenciosamente, lo examina con detenimiento y entonces

frunce el ceño.

“¿Hay algún problema?”, pregunta la profesora al notar su cambio de expresión. “Tenemos tres sugerencias de cada uno de los grados; los nombres están organizados de esa forma”.

“Sí, es obvio”, contesta el director, “Pero hay algo inesperado que no hemos tomado en cuenta”, dice al mismo tiempo que extrae una carta de la gaveta superior de su escritorio y se la entrega a la profesora.

Después de ajustarse las gafas, ella lee la carta y entonces se la devuelve al director con ademanes lentos.

“La decisión es suya, por supuesto. Nos encontramos con un caso especial. Aunque ella no es una mala estudiante, sus profesores no creen que merezca llevar la bandera”.

“De acuerdo”, dice el director, “pero ya usted leyó la carta que me envió su padre. La madre está muy enferma, casi desahuciada, y uno de sus sueños es ver a su hija encabezando el desfile escolar, enarbolando la bandera de la república. Es posible que el año entrante ya ella no se encuentre en este mundo. Él pidió, si se le concede esa petición, que todo permanezca en secreto; no quiere ni que su esposa ni su hija se enteren que él está detrás de todo esto”.

“Como ya le dije”, repite la maestra, “la decisión es suya. Por supuesto, cualquier cosa que usted decida, puede contar con mi apoyo y absoluta discreción”.

“Muchas gracias. Entonces, la decisión está tomada; haremos una excepción este año”.

La profesora asiente con un ligero movimiento de cabeza.

“Ahora, debemos informarle a la niña, para que se vaya preparando para el desfile”.

“Sí, mientras más pronto mejor; si quiere la puedo hacer pasar inmediatamente”.

“Sí, por favor”, dice el director.

La profesora abandona la oficina en dirección al patio donde los estudiantes

practican para el desfile. Durante esta ausencia, el director vuelve a leer la carta, tal vez tratando de memorizar todos los detalles que contiene sobre la inesperada petición.

Momentos después, la profesora regresa, pero ahora acompañada de una de las estudiantes. Su rostro refleja un poco de aprensión; casi siempre los alumnos convocados a la oficina del director reciben amonestaciones.

“Lola, quiero felicitarte”, dice el director. “Has sido elegida para llevar la bandera nacional durante el próximo desfile”.

“¿De veras?”, contesta ella con voz trémula y un tono de sorpresa. “Muchísimas gracias; es un gran honor”.

“Sí”, le confirma el director. “Pero ahora debes regresar a los ensayos para el desfile. Queremos que todo resulte perfecto”.

“Por supuesto”, dice ella mientras sale de la oficina. Al llegar al patio, donde los otros alumnos siguen enfrascados en los pasos para el desfile, se permite una leve sonrisa. Su ahínco y tesón en la clase de caligrafía le han permitido lograr este triunfo.

SU RECUERDO

IX

Durante mi último año de universitario aquellas visitas clandestinas a la casa de Lola se convirtieron en algo consuetudinario. Ella parecía estar al tanto del calendario académico, aunque yo siempre le comunicaba las fechas de mis visitas. Sin falta, al regresar a casa de La Habana, encontraba una nota sobre mi escritorio que el cartero había entregado varios días antes. En su interior, se repetía la misma explícita invitación:

Ven a verme el domingo por la tarde; te espero. Lola

A pesar de la regularidad de las visitas, no puedo decir que después de un año la conociera mejor que la primera vez. Ella me recibía con una sonrisa solícita y me ofrecía café. Yo le preguntaba por la salud de su madre y ella me informaba sobre los tratamientos, pero esas tenues conversaciones nunca fueron más allá de ese nivel superficial. En realidad no eran sino un engorroso preámbulo al verdadero propósito de mis visitas.

Inexorablemente terminábamos en la intimidad de su dormitorio, donde nos entregábamos a una pasión desenfrenada sobre el cubrecama de terciopelo rojo, bajo la mirada inquisidora de la santa esquinada y a la luz temblante de las velas votivas. Eran ésos los únicos momentos en que lográbamos una comunicación total, no con palabras, sino a través de un conducto carnal. Antes de partir, aunque mi situación económica no era nada envidiable – estudiante al fin– sin falta le dejaba lo que pudiera para ayudarla con las medicinas de su madre.

Durante una de aquellas visitas clandestinas, indistinta de las demás, alguien me esperaba a la salida del zaguán que daba a la calle. Era un hombre alto, de cara sombría y tal vez unos años mayor que yo. “Perdona amigo, ¿tienes un momento?”, dijo. Al principio pensé que se dirigía a otra persona, pues aquel hombre era un total desconocido. “Sí, dígame”, le contesté un tanto extrañado. “Sólo quiero advertirte que estás jugando con candela; esa mujer sólo te traerá pesares. Lo mejor para ti es que la borres de tu vida”. Entonces,

sin darme tiempo a contestarle, me dio la espalda y desapareció calle abajo. La advertencia fue tan súbita e inesperada, y sobre todo proveniente de un desconocido, que no tuve tiempo a cuestionar al extraño y pedirle explicaciones.

El extraño era Roberto, el antiguo novio de Lola quien me había agredido durante el baile. Esa noche intenté descifrar aquellas crípticas palabras de amonestación sobre mi relación con Lola, pero sin éxito. Habían sido engendradas por el despecho, concluí.

Pronto olvidé aquel encuentro; los exámenes venideros ocupaban todo mi tiempo y atención. Después de recibir mi grado de derecho, tendría que pensar seriamente en el futuro, buscar un cargo en un bufete local o intentar permanecer en La Habana. Como acabo de mencionar, todas estas preocupaciones inmediatas pronto desplazaron aquel inesperado encuentro de mi memoria, relegándolo a un sitio de escasa prominencia.

Antes de la conclusión del semestre final en la Escuela de Derecho, sabía que regresaría dos veces más para visitar a mi familia, y eran oportunidades que no pensaba desaprovechar para verme con Lola. Es más, durante mi estancia en La Habana, con frecuencia sentía una añoranza cuya fuente era más que nada apetencia sexual. Ya para ese entonces, aunque no me lo había admitido a mí mismo, me encontraba adicto al cuerpo de Lola, a sus caricias salvajes, a sus gemidos de placer provocados por la intensidad de mis estocadas fálicas.

Entonces me levantaba de mi escritorio, iba al baño, me refrescaba la cara con una toalla de mano impregnada en agua fría, y regresaba a mis estudios interrumpidos por las súbitas divagaciones.

Durante mis dos visitas a mi familia aquel último semestre, mi ansiedad por ver a Lola se intensificó. Ahora que se aproximaba mi graduación ya había elaborado planes tentativos para el rumbo que tomaría mi carrera y mi vida en general. A través de una de las amistades de la familia, visité uno de los bufetes más prominentes de la ciudad, y aunque el sueldo como abogado novato no era muy alto, ni desempeñaría las labores más importantes, casi había decidido aceptar el cargo que me habían ofrecido. Las ventajas eran obvias: estaría cerca de mi familia y mi familiaridad con la ciudad y sus habitantes me facilitarían el trabajo, especialmente durante los primeros años.

Y, por supuesto, estaría cerca de Lola. Ella era la única interrogante que no había logrado solucionar; no sabía cómo encajaría en mi vida, pero definitivamente no pensaba renunciar a ella. Jamás consideré la idea de ofrecerle matrimonio, pues era completamente absurda. Confieso que nunca la imaginé en el papel de esposa y madre, sino de la amante que con su cuerpo y pasiones alocadas expertamente había capturado todo mi ser.

También vivía consciente que tarde o temprano yo me casaría y forjaría el comienzo de mi propia familia. Pero todo esto no era sino divagaciones errantes y confusas, interrogantes sin substancia que yacían a lo largo de la senda todavía por recorrer. Entonces, abrumado por la infinidad de incertidumbres, intentaba pensar en cualquier otra cosa, pero a pesar de mis esfuerzos, mi mente volvía irremediabilmente al punto de partida: Lola.

Esa incertidumbre sobre el futuro de mi relación con ella después de mi regreso permanente de La Habana, se disipó durante mi última visita antes de los exámenes finales. Como de costumbre, el domingo por la tarde, después de una misa temprana y un almuerzo tardío, llegué a su casa, cumpliendo con las tácitas citas que habíamos establecido durante año y medio. Atravesé, presuroso, el oscuro zaguán y emergí en aquel patio siempre soleado. El canario me dio la bienvenida desde la jaula que colgaba del alero que protegía el portal de la luz y del calor.

Como de costumbre, Lola me esperaba en el umbral. Sin decir nada nos abrazamos, fundiéndonos el uno con el otro. Una vez más me di cuenta que yo no quería vivir sin ella.

“Déjame prepararte un café”, dijo por fin, al mismo tiempo que disolvía el abrazo. Esto se había convertido en el ritual de costumbre después de mi llegada:

Tomar el café humeante, conversar sobre temas triviales, comentar sobre la salud de su madre (a quién, dicho sea de paso, todavía yo no había logrado conocer), y entonces pasábamos al dormitorio que se encontraba al fondo de la casa, con la misma imagen de la santa que regía la sala. Era en aquel recinto oculto, como el templo escondido y profano de una deidad secreta, donde yo rendía culto, sin reservas o inhibiciones, al cuerpo de Lola, hasta depositar en lo más profundo de ella mi ofrenda ardiente.

Durante aquella visita, ya saciados los deseos y todavía desnudos sobre el lecho, ella me dijo algo que me estremeció: “No podemos vernos más”, susurró al mismo tiempo que dejaba escapar un hondo suspiro.

“¿Te he faltado en algo?”, dije alarmado.

“No, en nada”, contestó.

De repente me invadió el temor que Lola hubiera encontrado otro hombre, y que hubiera decidido dejarme por él.

“¿Entonces por qué?”, pregunté, temeroso de su respuesta.

“Me marcho a La Habana permanentemente; mi madre necesita especialistas que sólo se encuentran en la capital. Lo siento”.

“Yo puedo visitarte allá”, dije con firmeza.

“Todavía no tengo dirección, pero en cuanto la tenga te avisaré”, dijo ella en un tono que no admitía discusión.

Fue en ese instante, al afrontar la posibilidad de perderla, que me di plena cuenta de cuán importante su presencia se había convertido en mi vida.

LOLA

X

Con pasos lentos, cansados, el hombre abre el portón y entra en el zaguán semioculto y oscuro ubicado entre las dos casas. Momentos después emerge al amplio patio soleado, donde se encuentran la tendedera –ahora vacía– y los canteros floridos. Del alero que protege la puerta principal cuelga una jaula habitada por un canario. Cautelosamente éste deja de trinar al ver entrar al hombre.

La mano fuerte saca la llave del bolsillo, abre la puerta y entra en la amplia sala. Entonces se desploma en una silla, tal vez abatido por el peso de los recuerdos y la certidumbre de que sus esfuerzos para guiar a su hija mayor han sido un fracaso. Deja escapar un leve suspiro.

Levanta la cabeza y mira hacia el rincón posterior de la sala, donde sólo días antes se encontrara el imponente altar con la efigie de la santa blandiendo su espada justiciera.

¿Cómo ha llegado todo a este punto? –se pregunta. Él siempre ha sido un hombre honrado, trabajador y devoto a su familia. Ni siquiera fuma ni bebe. Siempre ha dado un buen ejemplo a sus hijas.

Recuerda que desde pequeñas Lola y Eloísa demostraron cualidades y tendencias muy diferentes. Lola era egoísta y caprichosa, capaz de mentir para salirse con la suya. Su rebeldía era parte intrínseca de su carácter indomable. Logró rebasar los cursos escolares con la ayuda que procuraba de sus compañeros y profesores, valiéndose de su belleza y sus encantos, atributos que aprendió a utilizar con eficacia cuando descubrió cuán fácilmente era para ella manipular a los hombres.

Eloísa, sin embargo, era dulce, noble y obediente. Las dos niñas no podían ser más diferentes. Cuando murió la madre –Lola apenas tenía seis años– fue que él tomó la difícil decisión de separarlas. Lola viviría con él, ya que de esa forma podría ejercer un control directo sobre ella y evitar que mal influenciara a su hermana menor. Eloísa iría a casa de una tía materna del mismo nombre, y

él podría visitarla con frecuencia.

Todo funcionó más o menos como él lo había planeado hasta que Lola cumplió los dieciocho años. Coincidió este suceso con la oportunidad de un trabajo mucho mejor pagado, pero que lo mantendría alejado de la casa varios días a la semana. Después de pensarlo, aceptó el cargo, pues el dinero extra le permitiría ofrecerles mejores oportunidades a sus hijas.

Fue también por aquel entonces que Lola se inició en los misterios de la santería. Se aisló aun más de la familia y comenzó a cultivar extrañas amistades. Un día, sin previo aviso, apareció un altar en un rincón de la sala, pero cuando él le pidió una explicación, ella simplemente dijo que era algo inofensivo, que todo el mundo tenía que creer en algo.

Al principio él lo permitió, pensando que aquellas creencias, aunque ajenas a las suyas, lograrían que Lola encaminara su vida de una manera seria y formal, pero el resultado fue completamente opuesto. Paulatinamente, los visitantes a la casa le resultaron más y más extraños, y las ceremonias que celebraban –con sus ofrendas esotéricas, cánticos ininteligibles y aromas inidentificables– cada día le resultaban más ofensivos. Era como si una deidad ignota y maligna se hubiera posesionado del cuerpo de su hija, acentuando esas cualidades que él quería eliminar.

Una tarde de verano, cuando regresó inesperadamente de su trabajo, al entrar oyó ruidos extraños que provenían del fondo de la casa. Cautelosamente recorrió el pasillo que llevaba a los dormitorios. Aunque todas las luces se encontraban apagadas, la luz de la tarde, tamizada por una cortina breve, entraba en la habitación de Lola, otorgándole un aspecto irreal.

Desnudo sobre la cama se encontraba un hombre y ella, también desnuda y a horcajadas sobre él, le ungía el cuerpo con un líquido rojo que extraía de una jícara. Al mismo tiempo en una voz muy baja, destinada sólo para ellos, elevaba uno de los cánticos ceremoniales.

“¿Y qué coño pasa aquí?!” gritó, incrédulo ante tal espectáculo. “¡Vístanse los dos y lárguense de esta casa. Y no regresen jamás!”

Lola no se inmutó. Se levantó lentamente, sin tratar de ocultar su desnudez y puso la jícara sobre una mesa de noche. Entonces comenzó a vestirse.

“Espérame afuera, Roberto”, le dijo a su compañero, que sí se había vestido precipitadamente.

“Estoy harta de tus reglas”, dijo ella, como si fuera la ofendida. “Es hora que me ausente de este pueblucho y me marche a la capital. No me busques, porque no me encontrarás”.

Fue la última vez que la vio.

Tres días después, cuando regresó del trabajo, Lola ya había retirado todas sus pertenencias de la casa.

Pero en este momento de reflexión, solo en la casa vacía, no siente tristeza, sino una calma interior muy profunda, pues todo augura un futuro feliz en compañía de su hija menor.

SU RECUERDO

XI

Después de aquella última visita a casa de Lola, regresé a La Habana para tomar los exámenes finales en la Escuela de Derecho. Confieso que me martirizaba la idea de no encontrarla después de mi regreso permanente a mi pueblo natal. No sé por qué siempre pensé que ella estaría allí, en aquella casa oculta, en aquel dormitorio prohibido, esperándome indefinidamente.

Era posible que en ese momento se encontrara rumbo a La Habana con su madre enferma, en busca de una vivienda con mejor acceso a los tratamientos médicos que ella requería. Ésa era la realidad, pero parte de mí no quería aceptarla. Yo regresaría a casa de mis padres, ya graduado, y comenzaría a trabajar en un bufete local. Imaginé los días llenos de ese tedio minucioso que implica ser uno de los abogados novatos en cualquier empresa. Imaginé los domingos vacíos sin la compañía de Lola, aunque me recordé a mí mismo que en realidad yo no sabía nada de ella, que nuestra relación era puramente física. Pero también imaginé el día cercano en que el cartero entregaría la carta donde me comunicaba su nueva dirección capitalina. Yo inventaría cualquier excusa para regresar a La Habana y verme de nuevo con ella, reanudar aquella relación a que tan fácilmente me había habituado.

Los exámenes transcurrieron sin tropiezos. Hasta el Derecho Romano, esa asignatura que a principios me había dado dificultades, me pareció relativamente fácil. En realidad esto se debía a que ese último año casi me había convertido en un ermitaño, rechazando invitaciones de mis amistades universitarias a fiestas y bailes.

Voluntariamente me recliné en aquella escueta pieza de la casa de huéspedes donde me hospedaba, estudiando, leyendo y anticipando mi próxima visita a mi familia, que en realidad se había convertido en una excusa plausible para verme con Lola. Pero ahora sabía que cuando regresara sólo encontraría su ausencia, que mi única esperanza para verla de nuevo se centraba en una remota carta que tal vez nunca llegaría.

Para celebrar mi grado universitario, y mi nuevo cargo en el bufete, mis padres organizaron una fiesta. En el patio florido instalaron varias mesas repletas de comidas y bebidas y los invitados, después de servirse a su gusto, se desplazaban libremente, conversando animadamente con las otras personas y en general disfrutando de la compañía grata.

Todos los concurrentes me felicitaron con palabras efusivas, y auguraron un futuro brillante en el campo que había elegido. Esa misma semana, sin siquiera tomar unos días de asueto, comenzaría a trabajar. Todo era causa de celebración; según todo el mundo, mi vida no podía marchar mejor. Pero a pesar de todas aquellas palabras de elogio, yo sentía un vago desasosiego, una extraña certidumbre que algo muy íntimo me faltaba, que mi vida había cambiado de una forma radical.

Fue durante esa fiesta que conocí a Magali, hija de un arquitecto local. Poseía unas facciones delicadas, ojos vivaces y sonrisa tímida que ocultaba un sutil sentido del humor que pocas veces salía a relucir. Ella me extendió la mano al mismo tiempo que pronunciaba el “Mucho gusto” de rigor y el “Felicidades por tu grado de derecho”. De inmediato noté que le faltaban las palabras más allá de la presentación, así que para sacarla del apuro le pregunté sobre sus planes para el futuro. Me dijo que ese año ella había terminado sus estudios en la Escuela Normal, y pronto se presentaría a oposiciones para un cargo de maestra. A medida que ella hablaba sobre la enseñanza primaria, su timidez se disolvió, para entonces dejar entrever el genuino entusiasmo que sentía por aquella carrera. Me di cuenta entonces que la raíz de aquella pasión era su amor por los niños. También sus palabras vehementes pusieron al relieve el hecho de que a pesar de yo haber terminado la carrera de derecho con un ilustre expediente, carecía de aquel entusiasmo que ella mostraba cuando hablaba sobre sus planes futuros. Recuerdo que en aquel momento sentí un sutil resentimiento, pues Magali había encontrado algo que a mí me había eludido toda mi vida. De ese día no recuerdo mucho más; es posible que conversáramos un rato sobre sus padres y los míos, pero esto es una suposición de mi parte.

Durante los meses subsiguientes, me entregué por completo a mi trabajo en el bufete. Esta conducta de mi parte no era ni por convicción ni entusiasmo, sino como un escape al tedio del vivir cotidiano, en el cual los días no eran

sino un reflejo nítido de los anteriores y los aún por llegar. Los domingos eran los días más difíciles; por las mañanas acompañaba a mis padres a la iglesia y después a unos almuerzos donde las conversaciones de sobremesa se extendían hasta la media tarde. Era cuando más evocaba a Lola, y con frecuencia trataba de imaginar lo que estaría haciendo en ese preciso instante.

Todos los días, al regresar del bufete, lo primero que hacía era revisar la pequeña mesa al lado de la puerta principal, sobre la cual mi madre depositaba el correo. Sin falta, después de examinar los diferentes sobres, sentía una decepción. La carta que esperaba no había llegado ese día tampoco.

Al cabo de varios meses, me resigné a la idea de que Lola, atareada con el cuidado de su madre, me había olvidado completamente. A pesar de todo, más por costumbre que por esperanza, seguía hurgando en los montículos de sobres que traía el cartero diariamente. Pero un día, indistinto de los demás, casi perdido en el resto de la correspondencia familiar, vislumbré un sobre con mi nombre como destinatario. El corazón me dio un vuelco incontrolable. ¡Por fin! En cuestión de segundos imaginé mi encuentro con Lola, tal vez en una casa apartada en las afueras de La Habana.

Cuál no sería mi desilusión, después de rasgar el sobre con manos impacientes y trémulas, al darme cuenta que la carta no era de ella. Es más, ni siquiera era una carta, sino una escueta invitación a una fiesta de cumpleaños el domingo entrante:

*Estimado amigo,
Tengo el gusto de invitarte a una
fiesta de cumpleaños este próximo
domingo. Cuento con tu presencia.
Con mucho cariño,
Magali*

¿Magali? ¿Quién era Magali? Entonces recordé vagamente a la joven esbelta que había conocido casi un año atrás, a raíz de mi graduación de la Escuela de Derecho. Debo confesar que aquella invitación me tomó de

sorpresa, pues no éramos amigos. Es más, solamente nos habíamos conocido brevemente durante aquella tarde ahora tan lejana.

Ese día, durante la cena, mencioné la invitación que había recibido, y mi desconcierto por la misma. Mi madre sonrió levemente, al mismo tiempo que dejaba descansar los cubiertos sobre el plato. “Tan inteligente y tan ingenuo a la vez”, dijo. “Esas ocasiones no son sino pretextos socialmente aceptables para que las jóvenes casaderas puedan ir conociendo a los prospectos disponibles. Llega una edad en que toda mujer quiere tener un esposo e hijos”.

“Pero yo ni siquiera he pensado en casarme”, dije.

“Muy bien”, contestó ella. “Ve a la fiesta, pasa un buen rato y entonces regresa a casa. No quiere decir que te comprometas a nada. Eso sí, no llegues allá con las manos vacías”. Entonces regresó a su interrumpida cena.

A mediados de esa semana, visité una de las tiendas más exclusivas de la ciudad para comprar un regalo. Aunque no tenía la menor idea de lo que buscaba, ya para ese entonces mi situación económica era bastante estable, y no tenía preocupaciones monetarias; atrás habían quedado los días escuetos de estudiante, cuando tenía que medir cada centavo que gastaba.

Confieso que me sentí abrumado ante la infinita variedad de mercancías que se ofrecían a la venta. Deambulé por las interminables sendas de la sección de mujeres: vestidos floreados, blusas bordadas, pañoletas de colores llamativos, zapatos con diseños repujados y otros artículos que no logré identificar. De pronto caí en cuenta que desconocía la talla de Magali.

En una vitrina lateral, cerca de la entrada, se exhibían unos pañuelos de encaje. De inmediato pregunté y me informaron que eran importados de España. Sin vacilar, o indagar sobre el precio, escogí uno muy blanco, cuya delicadeza evocaba un velo destinado a una ceremonia eclesiástica. En la misma tienda me lo pusieron en una caja de cartón que después envolvieron con un papel de regalos cuyos diseños remedaban discretas filigranas.

Al salir de la tienda respiré con alivio.

Ese domingo, después de un almuerzo pesado y de una siesta ligera, me bañé y me preparé para la fiesta. Aunque nunca había visitado la casa de Magali, sí conocía el barrio donde ella vivía. Su padre era arquitecto y la casa

que ocupaban era uno de sus propios diseños. Para ese entonces yo había adquirido un automóvil –un gasto innecesario, según la opinión de mi madre– que aunque de segunda mano, estaba en perfectas condiciones. Su primer propietario, un solterón cliente del bufete, era un hombre extremadamente meticuloso en todos los aspectos de su vida, y eso se reflejaba también en el auto. Era un Hudson en dos tonos de verde, brillantes parachoques niquelados y neumáticos realzados por una gruesa banda blanca. Por supuesto, yo le prometí a su antiguo dueño que lo mantendría en las mismas condiciones óptimas y que le daría los cuidados que el auto había recibido desde el primer día. Fue a raíz de esa compra que los otros abogados me pidieron que me encargara de los distintos asuntos que el bufete mantenía con la capital. Por supuesto yo tendría que viajar a La Habana dos veces al mes, pero la empresa cubriría mis gastos. A mí me pareció una oportunidad ideal para visitar la ciudad y acepté gustoso.

Cuando llegué a casa de Magali esa tarde, no logré estacionarme en las cercanías, sino que tuve que seguir calle abajo. A media cuadra de distancia, encontré un espacio libre. Después de cerrar con llave el auto y tomar el regalo que se encontraba en el asiento delantero, caminé hasta la casa indicada, ascendí los dos escalones que separaban el portal de la acera y dejé caer el aldabón sobre su base de bronce. Pensé que tendría que esperar hasta que la criada, ocupada con otros quehaceres, abriera la puerta, pero me equivoqué. En cuestión de segundos oí que se descorrían los pestillos y se abría la cerradura. En el umbral estaba Magali, con su mejor sonrisa y un vestido azul pálido que hacía resaltar su cabello negro. En realidad estaba hermosa, y su imagen casi no coincidía con el vago recuerdo que tenía de ella de casi un año atrás.

“¡Cuánto gusto!”, dijo al mismo tiempo que me invitaba a pasar.

“¡Feliz cumpleaños!”, le contesté al mismo tiempo que le entregaba su regalo.

“Muchísimas gracias”, dijo y de nuevo se le iluminó el rostro con aquella sonrisa única, que en realidad era lo que yo más recordaba de nuestro primer encuentro.

El foco de la fiesta era un patio interior, donde se habían colocado mesas y sillas alrededor de una fuente de estilo morisco decorada con mosaicos de

vivos colores. Inmediatamente reconocí, unos sentados con platos en la mano y otros de pie con sus bebidas, a varios compañeros del bachillerato. Ellos también habían concluido sus carreras y habían regresado a nuestro pueblo. Los otros, supuse, se habrían quedado en La Habana en busca de mejores oportunidades.

Después de servirme algo de tomar, comencé a saludar a aquellas amistades que no había visto durante años, a ponerme al día en sus actividades y en general el rumbo que sus vidas habían tomado. Pregunté por algunos de los ausentes, y se confirmaron mis conjeturas que se habían quedado en La Habana. También aproveché la ocasión para conocer a otros de los invitados. Noté que el denominador común que todos compartíamos —aquí recordé a mi madre— era que todos éramos jóvenes y solteros.

Más o menos una hora después de mi llegada, una mano anónima puso en marcha un tocadiscos que se encontraba sobre una mesilla cercana a la fuente. Aparentemente, ya para ese entonces todos los invitados se encontraban presentes y habían tenido suficiente tiempo para saludarse y conversar un rato.

Tengo que confesar que mi madre tenía razón. A pesar de haber asistido a la fiesta de malas ganas, con el único propósito de escudarme del inevitable tedio dominical, lo estaba pasando bastante bien, especialmente después de haber conversado con amigos que no había visto desde mi época de secundaria. También me di cuenta de que no había bailado desde la noche en que conociera a Lola —parecía siglos atrás— y que era una actividad que extrañaba. Sin vacilar me acerqué a Magali, extendí la mano a forma de invitación. En cuestión de momentos, el patio se pobló de parejas que se movían al compás de un bolero popular de letra ampulosa y compases melancólicos. Al concluir esa pieza, ahora más animado, le di las gracias a Magali y saqué a bailar a otras jóvenes sin interrupción. Aunque la mayoría de las canciones eran boleros populares, también se oyeron varios mambos y rumbas. Aunque no muy ducho en aquellos bailes, no me importó. Sólo quería divertirme un rato y olvidarme de todo.

Hacia el final de la velada, sentí una mano suave sobre mi hombro. Era Magali, que ahora me invitaba a bailar. A diferencia de la primera vez, noté que ahora ella me ceñía más cerca y descansaba la cabeza sobre mi hombro. En ese momento era imposible no sentir la firmeza de su cuerpo, no inhalar la

suave fragancia que exudaba su pelo. Cerré los ojos y me dejé llevar por la música. No había necesidad de palabras.

Después de un tiempo indeterminado, y de varias piezas musicales sin interrupción, varios de los invitados se acercaron para darle las gracias a Magali. La fiesta concluía. No queriendo ser el último en salir, yo también le di las gracias y me acerqué a sus padres, que se encontraban al fondo del patio, para despedirme.

Entonces salí a la calle, entré de nuevo en mi propia realidad, y con pasos presurosos llegué hasta el automóvil que me aguardaba a media cuadra de distancia.

RUMORES

XII

(El inesperado sonido impertinente del teléfono sacude el silencio de la sala.)

—Oigo.

—Hola Josefina; te habla Caridad.

—Sí, lo sé. Tu voz es inconfundible. ¿Qué haces?

—Lo mismo. Carlos se fue al trabajo hace un rato y acabo de empezar el almuerzo. ¿Y tú?

—Igual. Ya sabes cómo son los maridos de exigentes. Cuando Ismael regresa a medio día espera que todo esté listo en la mesa.

—Sí, todos son iguales.

—De acuerdo. ¿Y qué sabes de nuestra nueva vecina?

—¿De quién?

—Bien sabes de quién te hablo, de esa muchacha que alquiló la casa de la esquina.

—Ah, sí. Ya.

—Hace dos meses que se mudó y nadie sabe nada de su vida, ni siquiera dónde trabaja.

—Hay personas así Caridad. Cuidan de su privacidad y no hacen migas con nadie.

—No seas boba, Josefina. Nadie se comporta de ese modo a no ser que quiera ocultar algo.

—Algo se debe saber de ella.

—Sí, lo único que he logrado averiguar es su nombre, y eso se lo tuve que sacar al cartero.

—¿Y cómo es que se llama?

—Lola.

—Bueno, algo es algo, aunque yo no comprendo el porqué de tu interés en la vida de los vecinos. Yo tengo ya bastante con la mía propia.

—No lo hago por malicia; ya me conoces. Es que solamente me gusta estar informada de las personas que viven aquí en esta cuadra de Belascoaín.

—Ay Caridad, eres incorregible.

—Soy como soy; eso es todo.

—Y así te acepto porque somos amigas, pero ahora tengo que colgar, porque creo que se me queman los frijoles.

—Hasta pronto Josefina.

—Adiós.

SU RECUERDO

XIII

Sin falta, al regresar del bufete, escarbaba ansioso en el montículo irregular de la correspondencia diaria que me madre colocaba sobre la mesilla al lado de la puerta principal.

Con cada día que pasaba, mi desencanto y malhumor aumentaban. ¿Se habría Lola olvidado de mí? ¿Estaría la carta extraviada en el correo? ¿Pensaría que ya no estaba interesado en ella? Eran éstas las interrogantes que poblaban mi mente, siempre tratando de encontrar una explicación al silencio absoluto.

Un día, como otro cualquiera, encontré una carta dirigida a mí; mi madre la había separado del resto del correo diario, para asegurarse de que no pasara desapercibida. Sentí que el corazón me latía más rápido, anticipando las tan ansiadas noticias de Lola. Sin embargo, ni siquiera tuve necesidad de abrir el sobre para comprobar que no era la carta que esperaba. La letra tan singular de Lola –minuciosa y regular, producto de incontables horas de práctica– se encontraba ausente, para ser sustituida por una menos perfecta, pero no menos legible. Me pareció conocida, pero inmediatamente deseché la idea. Por supuesto, no podía ser de uno de los clientes del bufete, ya que la carta había sido enviada a mi domicilio y carecía de un nombre en el lugar destinado al remitente.

Con una mezcla de desencanto y curiosidad rasgué el sobre y extraje el pliego que contenía. Era una carta de Magali, dándome las gracias por asistir a su fiesta y por el regalo de cumpleaños. La mayoría de su contenido, después de estos preliminares de rigor, se concentraba en cuánto había disfrutado de mi compañía, sobre todo las piezas que habíamos bailado. (Esto último me extrañó, pues como ya he dicho, no soy un experto en el baile.) Concluía la carta con una invitación a almorzar en su casa el último domingo de ese mes, y me rogaba que por favor le diera una respuesta lo más pronto posible. Al pie de la hoja, debajo de su firma, había incluido su dirección. Esto último, por supuesto, era completamente innecesario, ya que había visitado su casa

recientemente.

Extrañado, volví a leer la carta.

Era una cuestión de delicadeza dar las gracias por un regalo; obviamente esto se aplicaba también a todos los otros concurrentes a la fiesta. Pero, ¿Estarían ellos invitados a almorzar? No, no era ni probable ni posible.

Esa noche, durante la sobremesa, comenté sobre el contenido de la carta con mis padres.

“Tal parece que has causado una gran impresión”, dijo mi madre al mismo tiempo que esbozaba una leve sonrisa.

“No sé cuál sería el motivo”, contesté. “Me comporté como uno de los tantos invitados a la fiesta. Mi conducta no tuvo nada de especial o diferente”.

“Ése es tu punto de vista”, dijo ella, “aparentemente Magali tiene uno diferente. Tal vez ella ha visto en ti cualidades que tú mismo desconoces. Las mujeres tenemos ese sexto sentido”.

“Eso no lo sé”, dije con un tono de duda en mi voz, “lo que sí sé es que no he hecho nada para merecer ese trato especial”.

“Lo que en realidad importa es tu respuesta”, agregó mi madre. “¿Qué piensas hacer? De una forma o de otra tienes que dejarle saber, y mientras más pronto mejor”.

“De acuerdo”, dije, “para finales de la semana habré tomado una decisión”.

Ya para el miércoles había decidido aceptar la invitación de Magali. Mis motivos no estaban alentados por lo grato de su compañía, ni por la amabilidad de sus padres. En realidad, lo que me motivaba era la oportunidad de escapar del tedio espeso y agobiante que me invadía todos los domingos por la tarde. Era entonces que mis recuerdos de aquellas tardes en compañía de Lola, repletas de intensas emociones y pasiones alocadas se hacían más agudos. Si hubiese sido posible, habría ido al bufete para adelantar el trabajo de la semana entrante y encontrar alivio, pero lógicamente estaba cerrado.

En un sobre de tonos apergaminados, con el membrete del bufete, compuse un mensaje escueto, dando las gracias por la invitación e informándole a Magali que estaría en su casa a la una en punto. En realidad, no sabía qué más

decir.

El resto de la semana se deslizó con el mismo ritmo previsible de las anteriores: entrevistas con clientes, redacción de documentos y una que otra visita al palacio de justicia. Con el pasar de los meses se me asignaban casos más complejos, señal inequívoca de que mi reputación como abogado eficiente y minucioso aumentaba entre mis colegas.

El jueves por la noche, le informé a mi madre que no almorzaría en casa ese domingo, ya que había decidido aceptar la invitación de Magali.

“Has hecho bien”, dijo, “Ya es hora de que salgas de ese bufete y te codees con gente de tu propia edad”.

Yo asentí con la cabeza y sonreí levemente. Ella tenía razón.

Los días restantes se deslizaron suavemente y sin contratiempos; mi trabajo llenaba las horas y yo seguía pensando en Lola. Cuando llegó el domingo, me afeité con más cuidado que de costumbre, y de mi armario elegí una camisa azul pálido y una corbata de seda, también azul, pero más oscuro y con diseños grises en forma de arabescos.

Esta combinación complementaría mi traje blanco, uno de los pocos que usaba durante el verano cubano.

Cuando llegué a casa de Magali no tuve que buscar un sitio donde estacionar el auto. Milagrosamente, había varios espacios disponibles. Aparentemente ella me había estado esperando, pues cuando salí del automóvil ella apareció en el portal de la casa.

“Bienvenido”, dijo, y me sonrió de aquella forma tan especial. “Gracias por venir”.

“No, gracias a ti por la invitación, aunque tengo que confesar que fue algo inesperado para mí”.

“No debe sorprenderte; desde el día de la fiesta he pensado mucho en ti”, dijo con una naturalidad que me tomó de sorpresa.

Una vez más tuve que hacer conjeturas sobre el motivo de la invitación. Como ya dije, mi conducta aquel día no había sido nada fuera de lo común. Sí, había conversado y bailado con Magali, pero otros de los invitados habían hecho lo mismo. Si existía una explicación lógica, todavía permanecía oculta.

Los padres de Magali se encontraban sentados en la sala, e inmediatamente se pusieron de pie cuando entré. Me saludaron con efusión, como si fuera un visitante asiduo a su casa. Después de preguntar por mi familia y mi trabajo, se ausentaron. Era obvio que querían darnos un ámbito de privacidad.

En ese instante sentí el peso del silencio que de repente llenó la sala. ¿Qué decir? ¿De qué hablar? En realidad yo no conocía a Magali, o mejor, todo lo que sabía de ella era bastante superficial. Al notar que me encontraba en apuros, ella aprovechó el momento para darme la noticia que había recibido los resultados de los exámenes de oposición, y que había quedado entre las tres primeras en el escalafón de ese año. Prácticamente tenía asegurada una plaza de maestra a principios del nuevo curso.

“¡Felicitaciones!”, dije, y en realidad me alegraba que Magali estuviera más cerca de lograr su sueño. Entonces le pedí más detalles sobre sus planes, los cuales ella estuvo más que deseosa en compartir conmigo. Su entusiasmo era, en realidad, contagioso.

Mentalmente comparé la actitud de Magali hacia su futuro con la mía. Sí, era innegable que desde mi entrada en el bufete había logrado progresar y mejorar mi posición; trabajaba incansablemente y con denuedo, de esta forma sustentando mi reputación como abogado confiable. No estaba descontento con mi trabajo, pero en el fondo, reconocía que me faltaba esa chispa que relucía en los ojos de Magali cuando hablaba sobre su carrera de maestra. Para mí, más que nada, mi trabajo representaba una estabilidad económica y social, al mismo tiempo que me permitía llenar mis horas. Eso era todo.

El abundante almuerzo transcurrió en lo que me pareció un abrir y cerrar de ojos. El padre de Magali acaparó la conversación, prodigando infinidad de detalles sobre su último proyecto arquitectónico, hasta que su esposa lo increpó suavemente.

“Ya basta”, dijo, “Los jóvenes no se interesan por esas cosas tan técnicas, y no quiero que nuestro invitado se aburra”.

“No me aburro”, dije, “Creo que siempre es beneficioso aprender algo nuevo, sobre todo de un campo tan interesante como la arquitectura”.

“Desde joven fue mi gran pasión”, agregó el padre de Magali. “No habría sido feliz con otra carrera”.

De nuevo comparé aquel entusiasmo con mi propia actitud hacia mi trabajo, y por un instante me pregunté qué otra profesión habría escogido, pero no encontré una respuesta.

Después del postre y un café muy concentrado, cuyo aroma prontamente disipó el engendro de esa modorra que con frecuencia conduce a una siesta espesa y pegajosa, Magali anunció que íbamos a dar el paseo en mi automóvil que yo le había prometido.

“No regresen muy tarde”, dijo su padre y entonces tomó una segunda taza de café.

“Por supuesto”, dije, “y muchísimas gracias por el almuerzo; todo estaba delicioso”.

“De nada”, contestó la madre de Magali. “Esperamos que no sea la última vez”.

Al llegar a la acera, le dije a Magali que yo no recordaba nada de un paseo en mi automóvil. No eran palabras de recriminación, sino de extrañeza.

“Sólo quería salir de la casa”, contestó ella al mismo tiempo que sonreía de esa forma tan especial, “y eso fue lo único que se me ocurrió”.

Por supuesto, yo no dije más nada; era obvio que Magali quería pasar tiempo conmigo, aunque yo todavía no lograba comprender sus razones.

“Tu auto es muy bonito”, dijo cuando yo abrí la puerta delantera para que ella se sentara, “Me encantan los dos tonos de verde”.

“Gracias”, contesté, “Solamente tiene un año; era de uno de los clientes del bufete”.

“Tal parece que fuera nuevo”, dijo Magali mientras examinaba más detenidamente el interior del auto.

“Sí, en realidad es el único gusto que me he dado desde que empecé a

trabajar, aunque te confieso que mi madre opina que fue un derroche de mi parte”.

“Si te hace feliz, es lo único que importa”, dijo Magali.

Ya que ella no había expresado a dónde quería ir, puse el auto en marcha y atravesé la calle principal de la ciudad. Como era domingo, las tiendas se encontraban cerradas y los escasos peatones que se desplazaban en las aceras seguramente iba o venían de una heladería o del cine que presentaba una matinée de películas extranjeras. Entonces tomé la carretera que conducía a las afueras de la ciudad, donde los edificios eran de estilo más moderno y las calles más amplias. A medida que el auto aumentó de velocidad, la brisa de la tarde invadió la cabina, haciendo que el cabello de Magali ejecutara una danza caprichosa controlada por el viento, pero a ella no pareció importarle. De nuevo su amplia sonrisa, ahora dirigida a mí, me hizo comprender que ella vivía solamente ese momento, que sus preocupaciones cotidianas habían quedado atrás y que nada más existía. A medida que atravesábamos los diferentes vecindarios, ella comentaba sin inhibiciones sobre la arquitectura, los jardines y la decoración de las casas. Aquel estado de liviandad emocional era verdaderamente contagioso. Sin darme cuenta yo también dejé atrás las preocupaciones del bufete, de las citas con clientes esa semana entrante, hasta que se disolvieron en la pureza de aquel instante efímero, donde la única realidad era la risa de Magali y la brisa fresca que entraba sin restricciones por las ventanillas abiertas.

A la hora del regreso, decidí no tomar el mismo camino, sino entrar por el lado opuesto de la ciudad. Si Magali se percató de esto, no lo mencionó. Ella seguía sumergida por completo en aquella experiencia cinética que saturaba todos sus sentidos.

Ya casi en el centro de la ciudad, al pasar por el Parque de los Héroes, con sus austeros monumentos de mármol, sus setos nítidos y cuidados, sus bancos bajo las frondas de los almendros. Sin quererlo pensé en Lola. ¿Cómo no evocar nuestro encuentro en aquel sitio? La levedad emocional que había experimentado momentos antes se había esfumado.

Entonces miré a Magali de reojo y me pregunté qué hacía yo allí, con una mujer que apenas conocía.

RUMORES

XIV

(El abrupto e inesperado sonido del teléfono hace trizas el silencio de la sala.)

—Oigo.

—¡Josefina, Josefina! ¿Ya te enteraste?

—¿Pero de qué me hablas Caridad? Tal parece que se hubiera caído el mundo.

—No, no es nada tan serio, pero sí interesante.

—No sé a qué te refieres.

—A Lola, nuestra vecina, por supuesto.

—¿Y tú sigues con ese barrenillo en la cabeza? No sé por qué le das tanta importancia a la vida ajena. Después de todo, ella no tiene nada que ver con nosotras, y que yo sepa, no se mete con nadie.

—No seas crítica. Lo único que me interesa, ya lo sabes, es estar informada.

—Bueno, entonces, ¿cuál es esa noticia que quieres darme?

—Ya sabes que ayer fue la fiesta de Santa Bárbara.

—Caridad, eso lo sabe todo el mundo en esta isla.

—Bueno, anoche me senté en el balcón, ya que desde allí puedo ver lo que sucede en la esquina. No te imaginas lo que vi.

—Tú dirás.

—Pues desde temprano empezó a llegar gente a esa casa. Y te aseguro que no era nadie del barrio, sino todos desconocidos.

—Bueno, vivimos en un país libre.

—Sí, sí, pero la gente que acudía a aquella casa no era gente común y

corriente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que desde el primer momento noté que era gente pudiente, pues venían muy bien vestidos, y algunos hasta llegaron en autos de último modelo. Y no creas que entraban con las manos vacías; todos venían con bolsas repletas, y otros con botellas de ron. Ya sabes lo que quiere decir todo eso.

—Tal vez sea una coincidencia.

—¡Pero qué ingenua eres Josefina! Bien sabes que cuando hay fiesta en esa fecha es para celebrar a Santa Bárbara.

—Aunque así sea, eso no tiene nada de malo. Mucha gente en este país es creyente.

—Sí, pero como ya te dije, la gente que vino anoche es de alcurnia. Yo no sé cómo Lola, una mujer tan joven, conoce y logra codearse con ellos. Después de que todos llegaron, se apagaron las luces en la sala y se oyó una música que a mí me pareció algo así como un cántico, pues se oían voces a coro apoyadas por tambores.

—¿Y a qué hora terminó todo eso?

—Eso no te lo puedo decir; yo pensaba quedarme en el balcón hasta que todo el mundo saliera de esa casa, pero pasada la medianoche Carlos se impacientó y vino a buscarme. Ya sabes cómo son los maridos a la hora de dormir; no se quieren acostar solos.

—Tienes razón; Ismael es igual. De todas formas, estoy segura que seguirás averiguando.

—Por supuesto. Ya te tendré informada.

—Sí, claro. Hasta pronto; tengo que poner la mesa antes que llegue Ismael.

—Adiós.

SU RECUERDO

XV

Los almuerzos dominicales en casa de Magali se convirtieron en algo de rutina. Concluida la sobremesa, salíamos a pasear en el Hudson, pero nunca con un rumbo fijo. Ella aprovechaba esas ocasiones para ponerme al día sobre sus actividades semanales, y también preguntarme sobre mi trabajo en el bufete.

En otras ocasiones, si presentaban algo de su agrado, asistíamos a una matinée en el cine recién construido y que todas las semanas enseñaba en sus carteleras los afiches a todo color de las películas venideras. Magali prefería las películas musicales con una trama ligera, las cuales llegaban con frecuencia, sobre todo de los Estados Unidos.

Ese año también asistimos al baile anual patrocinado por La Colonia Española, donde coincidimos con otras parejas jóvenes –solteras y casadas– en busca de una noche de diversión. Era éste el mismo baile donde había conocido a Lola accidentalmente dos años atrás, pero ahora esa ocasión parecía un recuerdo lejano desteñido por el tiempo.

Los padres de Magali demostraban abiertamente su aprobación hacia aquella relación que ante los ojos de todos, cada día se solidificaba más. Su hija de edad casadera ya había comenzado una carrera de docente y aparentemente no me creía un mal partido; yo tenía una sólida posición y provenía de una de las familias más antiguas de la ciudad. ¿Qué más podían esperar?

Hasta mi madre, siempre tan discreta, comentó lo feliz que se encontraba que yo hubiera encontrado una compañera tan afín y de tan buena familia como Magali. Para reciprocitar las amabilidades de su familia para conmigo –y sospecho que también para sondear en su carácter– comenzó a invitarla a almorzar con nuestra familia.

Dice el refrán que el que calla otorga. Nada más cierto. Mi relación con Magali –los almuerzos en su casa o la mía, los paseos

domingueros, las salidas frecuentes al cine, bailes o fiestas— sólo conducía a una conclusión lógica: un compromiso matrimonial. Era una relación estable, sin sorpresas ni sobresaltos, la cual yo acepté tácitamente desde el principio, aunque carecía en su totalidad de un elemento de pasión. Sin duda ella sería una buena esposa y una madre excelente. Nuestro matrimonio estaría construido sobre una sólida base según las normas establecidas por la sociedad.

A finales de ese año anunciamos nuestro compromiso, y Magali comenzó con esos interminables preparativos que implica una boda. Por supuesto, ella compartía conmigo animadamente todos esos detalles, pero en realidad para mí no eran sino trivialidades que significaban poco. Ahora sólo quedaba esperar hasta que llegara la fecha.

Dos sucesos significativos, pero inesperados, tuvieron lugar ese mes antes de la boda. El primero sucedió durante uno de los almuerzos en casa de Magali. Después de la sobremesa, su padre anunció que tenía una sorpresa de boda para nosotros. Entonces nos llevó a su cuarto de trabajo.

Sobre un caballete, todavía cubierto por un lienzo, se encontraba uno de sus dibujos arquitectónicos.

“Para ustedes”, dijo al mismo tiempo que ponía al descubierto el dibujo. Era éste de una casa moderna, con un amplio ventanal en su fachada que daba a un parque soleado.

Magali y yo habíamos pasado incontables veces por el sitio de la construcción, pero jamás imaginamos que su padre nos preparaba esa sorpresa. Conmovida y con los ojos abrumados de lágrimas, ella abrazó y besó a su padre. Yo le estreché la mano y le di las gracias.

“Ustedes se lo merecen”, dijo él, tratando de contener el torrente de emociones que lo acosaban. “Espero que sean muy felices”.

Es ésta la casa que hemos ocupado desde nuestro matrimonio, desde donde escribo estas líneas, sentado en mi despacho, al escritorio que da al amplio ventanal que abarca la totalidad del parque, con su glorieta y bancos resguardados por la sombra de los almendros.

El segundo suceso, mucho menos espectacular, llegó una semana

después. La tan añorada carta de Lola, a quien ya casi había olvidado, apareció sobre la mesilla lateral al lado de la puerta, mezclada con el resto de la correspondencia de ese día. Yo revisaba el correo después de regresar del bufete, pero era solamente por costumbre y ya no impulsado por la ansiedad del año anterior.

Reconocí la letra de inmediato. La caligrafía era impecable y simétrica, casi como si la hubiera generado una mano mecánica y no una humana. En ese instante sentí que el corazón me latía con más fuerza y que tenía la boca reseca. La idea de ignorar la carta me pasó por la mente, pero fue un pensamiento fugaz, como la luz de un relámpago que ilumina una noche cerrada por una fracción de segundo. Tratando de permanecer ecuánime, me retiré a mi habitación y entonces cerré la puerta. Ya encubierto por la soledad, ni siquiera usé el abrecartas, sino que rasgué el sobre con manos impacientes que delataban mi exaltado estado de ánimo.

En el primer párrafo, Lola se excusaba por el largo silencio, pero alegaba circunstancias completamente fuera de su control. Entonces, con lujo de detalles, describió su llegada a La Habana y las muchas vicisitudes que había tenido que rebasar para abrirse paso en esa ciudad. El dinero siempre faltaba y los tratamientos de su madre, ahora recluida indefinidamente en una clínica, siempre eran costosos y los médicos nunca le ofrecían esperanzas concretas sobre una recuperación total. Ese primer año, explicó, se había hospedado en la Habana Vieja gracias a la caridad de una prima que la había acogido en su casa.

Al final de la carta me decía lo mucho que me había extrañado, y que ahora se había mudado a una pequeña casa en la calle Belascoaín. Además de la dirección, incluía una fecha. Me pedía, si era posible, que fuera a visitarla, pues tenía mucho más que contarme sobre todo lo que había transcurrido desde nuestra separación.

Con más calma, volví a leer la carta. Deduje que ella había atravesado una época difícil después de su llegada a la capital, pero que ahora su situación económica había mejorado, ya no vivía con su prima, sino en una casa particular. Era evidente, claro, que su madre no vivía con ella y que su salud, aunque no había empeorado, tampoco había mejorado.

¿Qué hacer?

La fecha que había mencionado Lola en su carta, comprobé después de consultar el calendario, coincidía con la de uno de los viernes en que yo viajaba a La Habana. Ya mencioné que representaba al bufete para expedir con mayor rapidez los asuntos pendientes, cuyos trámites se habrían postergado de haber permanecido exclusivamente en nuestra ciudad. Yo estaría en La Habana en esa fecha de todas formas, me dije, así que visitar a Lola no sería ningún problema. También me dije que mi viaje no levantaría sospechas por parte de Magali ni de mi familia, ya que iba en condiciones de trabajo y hacía ya casi un año que desempeñaba esas funciones.

Sí, concluí que visitaría a Lola, la saludaría y le explicaría el rumbo que había tomado mi vida después de su partida. También le diría que en menos de un mes contraería matrimonio con Magali. De paso le preguntaría por la salud de su madre —a la cual nunca había conocido. Por supuesto, le diría que si en algo me necesitaba, podía comunicarse conmigo a través del bufete donde yo pasaba la mayoría del tiempo. Obviamente el destino nos había separado y nuestras vidas ahora se desplazaban a lo largo de senderos que se habían bifurcado.

Pasé el resto de la semana ocupado con los asuntos del trabajo, pero al mismo tiempo pensando en Lola y haciendo mil conjeturas. Era aparente que no me había olvidado; su carta era prueba tangible. ¿Cuánto habría cambiado? ¿A qué se dedicaba en La Habana para ganarse la vida? Su carta no había ofrecido detalles, solamente que su situación económica no era muy cómoda y los gastos que incurrían los tratamientos de su madre. Volví a leer la dirección que ella había cifrado en el pliego. Aunque yo conocía bastante bien La Habana, no logré precisar exactamente la ubicación de su casa.

De jueves a viernes no dormí bien. Aunque no los recuerdo, sé que tuve unos sueños que me inquietaron a lo largo de la noche. Supongo que estaban relacionados con mi encuentro con Lola después de tanto tiempo y las incertidumbres que me acosaban.

Muy temprano de mañana, después de un apresurado desayuno, pasé un momento por el bufete para recoger unos documentos y entonces tomé la familiar carretera que conducía a La Habana. Aunque el tráfico era ligero y el tiempo era fresco y soleado, el trayecto se me antojó más largo que de

costumbre. El resto del día, enfrascado en reuniones con otros abogados, también me pareció interminable. Al caer la tarde, aprovechando un momento libre, releí la carta de Lola que llevaba en el bolsillo interior del saco, pero no logré extraer más información de los exiguos detalles que contenía.

Con una falsa ecuanimidad, me despedí de los otros abogados, entré en el Hudson y puse en marcha el motor. La brisa fresca, saturada de salitre, inundó el automóvil y con un gesto instintivo deshicé el botón superior de la camisa y alivié la presión de la corbata. En cuestión de minutos me deslizaba raudo por el Malecón; a pesar de la temprana hora, la muralla que daba al mar se encontraba poblada de vendedores ambulantes, adolescentes risueños y parejas que buscaban un respiro del bochorno engendrado por el sol implacable de la tarde.

Aunque nunca había visitado aquella sección de la ciudad, tenía una idea vaga dónde se encontraba la casa. Finalmente encontré la calle Belascoaín –mucho más angosta que las más modernas avenidas– y en poco tiempo localicé el número que ostentaba la fachada. Era una casa esquinada, rodeada de edificios de varios pisos con balcones que exhibían impudicamente sábanas, fundas, toallas y hasta prendas interiores colgadas a secar al sol.

Frente a la casa encontré varios espacios vacíos donde cabía el automóvil con amplitud. La puerta principal, de una madera labrada, se encontraba entre sendas ventanas que protegían verjas de hierro forjado de cualquier intrusión foránea, pero que al mismo tiempo permitían que la brisa circulara por el interior. El foco central del portal, lo que imantaba la mirada de inmediato, eran las amplias macetas de barro cocido que derrochaban su variado y colorido contenido floral bajo la luz del atardecer.

De repente sentí una aprensión general, un nerviosismo infundado, como el que había sentido durante mi primer encuentro con Lola, en aquella casa prohibida cuyo acceso se lograba a través de un zaguán semioculto. Me dije, tratando de calmarme, que no tenía una razón para sentirme así. Era una visita de cortesía que no duraría mucho. Eso era todo.

Me bajé del Hudson y llegué a la puerta principal, pero antes de que pudiera hacer un llamado con el aldabón de bronce, ésta se abrió. De repente, era como si el tiempo no hubiera pasado. En el umbral estaba Lola,

ostentando una leve sonrisa de satisfacción, tan hermosa como yo la recordaba, desafiando y conquistando el pasar del tiempo.

“Tan puntual como siempre”, dijo. “Algunas cosas nunca cambian”. Entonces, tomándome de la mano, me invitó a pasar. Con aquel gesto leve, casi imperceptible, había logrado borrar la totalidad de su ausencia.

La sala contenía unos muebles de modesta procedencia, y lo único que logré identificar de su antigua residencia fueron los retratos que colgaban de las paredes. Ausente se encontraba el altar, con su efigie de la santa, velas votivas y ofrendas ceremoniales que antaño regía el ámbito de una forma tan prominente.

“Quiero que me cuentes de tu vida”, dijo después que nos sentamos. “Estoy segura que mucho ha sucedido desde mi partida. Veo que ahora tienes automóvil; tal vez me lleves a pasear”, agregó con una sonrisa.

De inmediato pensé en Magali, y nuestros planes matrimoniales, mis ascensos en el bufete y mis logros profesionales. Ya estaba listo para iniciar la conversación, pero Lola me detuvo con un gesto de la mano.

“Déjame prepararte un café”, dijo, “regreso en unos minutos”.

Nada había cambiado, pensé. Ella sin falta me ofrecía café durante mis visitas anteriores. Era como un tácito preámbulo a nuestras actividades posteriores, siempre mucho más íntimas y apasionadas que una sencilla conversación entre conocidos. Esta vez, por supuesto, yo ya había formulado un plan. Después del café y de una cortés plática, durante la cual le contaría de mi próximo matrimonio, me excusaría y entonces saldría de la casa, para no verla nunca más.

En lo que me pareció un instante, Lola estaba de regreso con la bandeja que yo recordaba. Sobre su superficie descansaban las tazas de café humeante, una azucarera y cucharillas simétricamente colocadas en su centro. Ella puso una cucharada de azúcar en una de las tazas, revolvió el contenido y entonces me la entregó.

“Tengo mucho que contarte”, dije mientras me llevaba la taza a los labios y soplabla levemente. “Han sucedido muchas cosas en mi vida”, agregué.

“Sí, estoy segura”, contestó Lola. “Desde que entraste te noté diferente”.

No sabiendo a ciencias cierta cómo interpretar el comentario, sorbí el café lentamente, esperando que se explicara con más claridad, pero ella no dijo nada, sino que me miró con una fijeza penetrante, como queriendo escrutar hasta mi más íntimo pensamiento.

“Sí, no hay duda”, concluyó después de unos instantes en un tono firme, “Intuyo influencias externas que te han cambiado, tal vez sin tú mismo quererlo”.

Por supuesto, interiormente yo no estuve de acuerdo con lo que ella decía; es más, mi vida nunca había estado más ordenada que en ese momento. Mis metas estaban bien definidas y la senda hacia el futuro bien trazada.

Terminé el café de un tirón y entonces comencé a contarle a Lola sobre los ascensos que había recibido en el bufete, cómo había comprado el Hudson y mi compromiso con Magali, tal vez queriendo contrarrestar el impacto de su comentario.

Mis palabras, sin embargo, perdían su efecto en cuanto surgían de mi boca; tal parecía que todo se desenvolvía en cámara lenta, y que mis gestos eran letárgicos y torpes, como engendrados en una duermevela que a cada momento se hacía más densa y profunda...

...desperté sin saber dónde estaba ni qué hora era. Sentí unas manos húmedas que recorrían todo mi cuerpo y oí una voz melodiosa que entonaba un cántico de palabras desconocidas pero ricas en vocales. En la semipenumbra reconocí la silueta de Lola, sin ropa, ahora a horcajadas sobre mí, incansablemente explorando la totalidad de mi cuerpo también desnudo y susurrando aquella melodía extraña y foránea. En una esquina, con sus titilantes velas votivas, se encontraba el altar de la santa. Haciendo un movimiento ágil, ella alcanzó una jícara cercana que se encontraba con el resto de las ofrendas ceremoniales.

Con un líquido tibio y viscoso, que con frecuencia renovaba sumergiendo los dedos en la jícara, continuó aquella exploración somática, hasta asegurarse de haber alcanzado la totalidad de mi cuerpo. Al final, se ungió sus propios labios y con un gesto brusco, casi salvaje se aferró a mi

cabello para prevenir que yo moviera la cabeza. Entonces me besó en la boca largamente, transfiriendo de esa forma el líquido de sus labios a los míos.

Un tímido rayo de sol mañanero concluyó su oblicua trayectoria sobre el lecho. Fue en ese instante que me di cuenta, al contemplar mi cuerpo entero bajo la tenue luz, que aquel líquido tibio y viscoso era sangre. Quise reaccionar, dejar escapar un grito de pavor e incorporarme de un salto, pero mi cuerpo no me obedeció. Era como si todo mi ser se hubiera transformado en un pelele abúlico cuya voluntad estaba a merced de Lola.

“No te alarmes”, me susurró ella al oído, al mismo tiempo que se incorporaba del lecho y, tirándome de la mano, me instó a que la siguiera.

La habitación contigua era un baño muy blanco, con un piso de mármol y losetas en las paredes. Aquel color, o su ausencia, sugerían una asepsia total. Lentamente entré con Lola en la enorme bañera esmaltada cuyas patas remedaban las garras de un león satisfecho después de devorar su presa. El único sonido era el del agua tibia que surgía del grifo central a medida que llenaba la bañera. De un estante montado en la misma pared, Lola tomó una gruesa esponja, y después de sumergirla en el agua tibia, comenzó a recorrer de nuevo mi cuerpo. Esta vez, en vez de ungir, limpió concienzudamente la sangre reseca que me cubría. Entonces extrajo, de un recipiente de cristal tallado, fragmentos de unas hojas secas que mezcló en sus manos y procedió a frotar sobre todo mi cuerpo, al mismo tiempo que volvía a entonar aquel cántico monótono e hipnotizante. En ese instante sentí una frialdad interior que me caló los huesos, al mismo tiempo que una flojera general me invadía.

Al ver que yo temblaba, Lola me envolvió en una toalla felpuda, tan blanca como todo en aquel baño, y me condujo de nuevo al dormitorio. Cerré los ojos y me dejé llevar por su voluntad. Antes de entrar en el lecho, ella terminó de secarme y después desechó la toalla sobre una silla con un gesto descuidado.

Una vez más sentí su cuerpo firme sobre el mío y su aliento cálido sobre mi rostro. El flujo sanguíneo, sin duda estimulado por las plantas ceremoniales, se manifestó en un acelerado ritmo cardíaco, en mi propio aliento y en el foco de mi hombría, ahora intentando exceder sus límites de tamaño y rigidez. Todo dejó de existir, excepto la realidad de aquel dormitorio donde Lola regía y controlaba mi voluntad.

Aquel día nos entregamos a una pasión total, donde las palabras sobraban y los sentimientos se expresaban a través de gemidos y sonidos guturales que iban mucho más allá de cualquier idioma, y las caricias se convertían en gestos bruscos, casi hirientes. A media tarde, exhausto pero satisfecho, me vestí y me despedí de Lola. Sabía que en dos semanas estaría de vuelta; no había necesidad de confirmarlo. Antes de abandonar la casa, con un gesto engendrado por la costumbre, le entregué unos billetes destinados a costear los tratamientos de su madre.

Esa noche, cuando regresé a mi casa, a lo predecible y ordenado de mi vida cotidiana, encontré que nada había cambiado. Todo era igual.

Todo, excepto yo.

SU RECUERDO

XVI

Las semanas que culminarían en la boda se deslizaron raudas e implacables. Magali y su madre atendían los mil y un detalles de esos días finales: los arreglos florales, la lista de invitados, las últimas alteraciones a su vestido de novia. Aunque yo me encontraba en el vórtice de aquel torbellino, y la sucesión de imágenes y múltiples situaciones con frecuencia requerían mi opinión, confieso que mi entusiasmo era apócrifo; todo aquello me parecía trivial, hasta pueril, como una pantomima ejecutada por actores de segunda. No dejaba de pensar en mi próximo encuentro con Lola.

Me refugié en mi trabajo, contando los días hasta mi regreso a La Habana. Uno de mis compañeros, consciente de que mi boda era inminente, se ofreció a hacer el viaje por mí esa próxima semana, pero yo le di las gracias por su amabilidad y le dije que no era necesario. Estoy seguro que todo el mundo admiró mi devoción al trabajo.

La noche antes de mi regreso a La Habana, una vez más decidí que aquella relación ilícita era completamente ilógica. El fin de semana entrante sería un hombre casado, con nuevas responsabilidades y nuevos horizontes. Me esforzaría más –si es que era posible– en mi trabajo y trataría de ser un esposo modelo.

Como dos semanas atrás, me reuní con los abogados del bufete habanero, y después de un día de trabajo, me dirigí directamente a casa de Lola. En corto tiempo entré en la calle Belascoaín; el amplio espacio frente a la casa se encontraba disponible, así que estacioné el Hudson en el mismo sitio que durante mi primera visita.

La exuberante y colorida floración de las abundantes macetas me dio la bienvenida. Dejé caer el aldabón sobre su base de bronce, pero tuve que esperar varios minutos antes de que se abriera la puerta. Entonces oí que se descorrían los cerrojos y Lola apareció en el umbral.

“Pasa”, dijo al mismo tiempo que colocaba su mano sobre mi brazo, “Te vi llegar y fui a la cocina para prepararte el café”.

Efectivamente, ya la bandeja, con sus tazas humeantes, se encontraba sobre la mesa central en la sala. Ella me ofreció una, después de verter una cucharilla de azúcar y moverla suavemente, hasta que se disolviera completamente.

“Quiero pedirte excusas”, dije al mismo tiempo que sorbía el café y me acomodaba en el sofá.

“¿A qué te refieres?”, dijo Lola al mismo tiempo que se acercaba a mí.

“No sé lo que me sucedió hace dos semanas; nunca antes me había pasado nada igual”.

“Tu organismo estaba fuera de equilibrio, eso es todo. Lo noté desde el momento en que llegaste; tuve que hacerte una limpieza para lograr una estabilidad temporal”, explicó.

Como abogado al fin, noté que la palabra clave en lo que había dicho era *temporal*. Ella pareció adivinar mis pensamientos, pues entonces agregó, “Necesitas limpiezas regulares hasta que logremos estabilizar tu estado anímico”.

“Sabes que no creo en nada de eso”, agregué.

“Creas o no, es imposible negar la realidad”, dijo con una voz firme. “Ven conmigo”, susurró al mismo tiempo que se levantaba del sofá.

Reconozco que éste era el momento de despedirme, de darle las gracias por todo y desaparecer por siempre de su vida y regresar a la mía, pero una vez más sentí un leve mareo y esa inexplicable levedad corporal. No sé si era la presencia de Lola, o la atmósfera de aquella habitación, o su perfume único, o tal vez una combinación de todo. Mi voluntad se esfumaba por momentos; todas las resoluciones lógicas que había tomado antes de llegar, perdieron su validez, como un espejismo engañoso que se desvanecía en el aire enrarecido de aquel recinto prohibido. Me puse de pie y la seguí en silencio hasta el fondo de la casa.

Pensé que me llevaría directamente al dormitorio donde regía la

santa desde su altar esquinado, con sobrias velas votivas y ofrendas esotéricas al pie, y donde imperaba el rojo vivo y avasallador, pero me equivoqué. Atravesamos el pasillo que conducía al fondo de la casa, hasta llegar al baño.

Esta vez logré estudiarlo con más detenimiento. Tal y como yo recordaba, todo era blanco: el piso de mármol, las losetas que cubrían las paredes, la esbelta consola de madera con su búcaro de cerámica blanca repleto de azucenas, el techo de estuco, y la enorme bañera esmaltada. Hasta el jabón, en su nicho empotrado, me recordó un bloque de cuarzo, extraído de una cantera ignota por una mano astuta y misteriosa. A pesar de mis mayores esfuerzos, no logré encontrar el más mínimo rastro de otro color en aquella habitación.

Lola cerró la puerta suavemente, abrió el grifo del agua y, al mismo tiempo que entonaba aquella misteriosa melodía, comenzó a desvestirme. Yo no me opuse ni ofrecí resistencia alguna. Poco a poco desechó mi ropa sobre una pequeña banqueta de mimbre –también blanca– que se encontraba detrás de la puerta. Entonces, con un leve movimiento de la mano, me instó a que entrara en el agua tibia, al mismo tiempo que lanzaba su propia ropa sobre la mía y me acompañaba en la bañera.

A pesar de la familiaridad engendrada por años de contacto, nunca cesaba de maravillarme de la belleza de aquel cuerpo firme que con cada curva, con cada movimiento elástico, extendía una tácita invitación a abandonar todo raciocinio y rendirle un culto total a los sentidos. Ella se dio cuenta de mi reacción involuntaria, pero no dijo nada, sino que siguió entonando aquel cántico repetitivo cuyas palabras me eran ajenas.

Sin abandonar la bañera, abrió una de las puertas del gabinete y produjo el mismo frasco que contenía los fragmentos de hojas secas y una esponja. Con una parsimonia cuya lentitud casi me enloqueció, sumergió la esponja en el agua tibia, cerciorándose de que estuviera plenamente impregnada de agua, y entonces esparció una generosa porción de las plantas sobre su superficie.

Con movimientos diestros, comenzando por la frente, inició una exploración en descenso de mi cuerpo que dejaba a su paso un rastro leve de aquellas hierbas esotéricas y aromosas. Cuando por fin alcanzó la lanza erguida, aunque no puedo aseverarlo, me pareció que se concentraba en esa

área, dedicándole más tiempo y atención que al resto de mi anatomía.

Como la vez anterior, sentí la misma frialdad que me calaba los huesos y ese inexplicable desvanecimiento muscular. Ella notó mi reacción, y sin palabras me arropó con una enorme y felpuda toalla –también blanca– que tomó de un toallero cercano. Desnudo y tiritando, pero todavía exaltado por la presencia de Lola y el efecto de aquellas plantas desconocidas, me condujo a su habitación.

Ya para esa hora el sol se había puesto, y la única iluminación amarillenta en el recinto provenía de las velas votivas que se encontraban al pie del altar. Aunque mi voluntad se había esfumado, noté que todos mis otros sentidos se habían intensificado, culminando en la máxima manifestación de mi hombría.

Aquella noche fue una repetición de la ocurrida dos semanas atrás, aunque esta vez logré mantener un poco más de control sobre mí mismo. Expertamente guiado por Lola en aquel laberinto bermejo, donde todas mis resoluciones diurnas perdían su validez, me entregué sin reservas al culto de los sentidos que, ahora realzados por las misteriosas plantas, me permitían alcanzar insospechados niveles de placer y resistencia. Nada más existía.

Los gemidos guturales de Lola me indicaban inequívocamente cuáles de mis movimientos pélvicos le causaban aquellas reacciones casi animales, que resultaban en estocadas de su lengua, mordiscos y sacudimientos inauditos que hacían temblar el lecho y provocaban crujidos de protesta.

Aunque no estaba consciente del tiempo, un leve rayo de luz me dijo que amanecía. Contemplé a mis anchas aquel cuerpo desnudo que yacía a mi lado, y a pesar de la intensidad de las horas nocturnas, sentí otra ola de deseo. Lola, sin embargo, se puso de pie, entró en una bata de casa y desapareció hacia la cocina. Regresó unos minutos después, con la misma bandeja y dos tazas de café.

“Tengo que visitar a mi madre”, dijo, sin hacer referencia alguna a lo sucedido a lo largo de la noche.

“Sí, comprendo”, dije con una voz que casi no reconocí. “Ya sabes que tengo que regresar en dos semanas”.

“Claro”, dijo ella, como si hubiera dicho algo obvio e innecesario. Ya para entonces ambos habíamos dado de por hecho que la visitaría cuando estuviera en la ciudad.

Después de terminar el café, me vestí y le entregué a Lola un sobre que llevaba en el bolsillo interior del saco.

“Para los gastos de tu madre”, dije antes de salir.

RUMORES

XVII

(De nuevo el sonido del teléfono llena el ámbito de la sala.)

—Oigo.

—Hola Josefina; es Caridad.

—Enhorabuena. Pero qué sorpresa; hacía mucho tiempo que no sabía nada de ti.

—Sí, perdóname, pero es que he estado muy ocupada con el trajín diario. Y ahora Carlos está pintando la cocina y eso me tiene loca; todo está fuera de lugar. Además, no tenía nada nuevo que contarte.

—Pero supongo que hoy sí.

—Adivinaste. Te tengo un notición que no vas a creer.

—Déjame adivinar. Anoche aterrizaron los marcianos.

—De marcianos no sé nada, pero sí te digo que nuestra vecina está acabando.

—¿De quién me hablas, Caridad? Tenemos muchas vecinas.

—¿Y de quién va a ser? De Lola, por supuesto, la que vive en la casa de la esquina.

—Ah sí. Bueno, pues cuéntame.

—Pues ayer, a eso de las ocho, vi llegar un carro que se estacionó frente a su casa. Era un carro en dos tonos de verde, y el señor que se bajó venía de cuello y corbata y traía un maletín en la mano.

—¿Y qué tiene eso de raro? Tal vez sería un vendedor ambulante que iba de casa en casa.

—¿A esa hora? Nada de eso Josefina. El señor tocó la puerta, ella le abrió y él entró enseguida.

—Todavía no me has dicho nada raro. Todo el mundo recibe visitas en su casa.

—De acuerdo, pero lo que no te he dicho es que a las doce, antes de acostarme, me asomé de nuevo al balcón y el carro seguía allí, estacionado frente a casa de Lola.

—Tú eres muy mal pensada, Caridad. A todo le ves una intriga o un motivo oculto.

—Y tú eres muy ingenua, Josefina. Imagínate, esta mañana, después de prepararle el desayuno a Carlos en ese desorden de cocina, salí de nuevo al balcón. Ese carro verde no se había movido en toda la noche. No fue como hasta las diez de la mañana que el mismo señor salió de la casa con el maletín en la mano y se fue.

—Eso no significa nada. Tal vez era un pariente que vino a visitarla y pasó la noche en su casa. Ya te dije que tú ves fantasmas donde no los hay.

—Si eso fuera todo, estaría de acuerdo contigo. Es que no es la primera vez; ya hace casi dos meses que el mismo hombre llega en ese carro verde y pasa la noche con ella.

—Es posible que sea un pariente que viene de vez en cuando.

—No, amiga mía. Las visitas de familia llegan de vez en cuando y no son regulares.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que ese señor viene cada dos viernes sin falta. Es tan puntual como un inglés.

—Pues no sé qué decirte.

—No tienes que decir nada. Desde que ella se mudó a este barrio te dije que ahí había algo raro. Primero las fiestas donde rinden culto a Santa Bárbara, que aunque eso es común en este país, no lo son las personas que participan en ellas. Después, y tal vez más importante, la gente que visita esa casa durante la semana. Todos son hombres, ¿sabes? Es muy sospechoso.

—Pero si ella no se mete con nadie, ni molesta al vecindario, en

realidad no nos afecta.

—Sí, lo sé, pero ya sabes que a mí me gusta estar informada.

—Y yo estoy segura que cualquier otra noticia que tengas, me llamarás para contármela.

—Por supuesto; para eso somos amigas.

—Ahora me despido. Imagínate, tengo que preparar el almuerzo antes que llegue Carlos, y ya te dije que la cocina está hecha un desastre.

—Hasta pronto Josefina.

SU RECUERDO

XVIII

Mi matrimonio con Magali tuvo lugar sin contratiempos, gracias a su eficacia para organizar la infinidad de detalles que implica tal evento. Fue una ceremonia digna y sobria que tuvo lugar un sábado en la catedral. Después celebramos con una gran fiesta en uno de los mejores clubes de la ciudad, a la cual acudió lo mejor de la sociedad. Antes del anochecer nos despedimos de parientes y amigos y partimos a una luna de miel en una playa lejana que, aunque de corta duración –ella tenía responsabilidades con el colegio y yo con el bufete– establecería la pauta que tomaría nuestra relación en el futuro.

Fue durante esas primeras noches juntos que comprobé la inmensa ternura de Magali. Al hacer el amor se entregó de una forma completa, venciendo el rubor engendrado por una vida entera de conducta recatada reforzada por su formación religiosa, las enseñanzas de la familia y la sociedad en general. Siempre concluía con esa sonrisa única, que indicaba una felicidad que ella no tenía necesidad de palabras para expresar. Yo también sentía un inmenso regocijo, pues ella era feliz, y todo auguraba un futuro pleno.

Fue durante esos primeros días, compartiendo cada instante del día y de la noche con Magali, que todas mis dudas acerca de nuestro matrimonio se desvanecieron, para ser remplazadas por una certidumbre inquebrantable sobre el futuro que nos aguardaba. En mis ratos de ocio, vislumbré un porvenir sin contratiempos, colmado de triunfos profesionales de ambos y de esos hijos que toda mujer anhela.

Pero al mismo tiempo, me era imposible no establecer comparaciones entre Magali y Lola. Si una era tierna y suave, la otra era salvaje y sin inhibiciones. Si una era pudorosa y tímida, la otra era atrevida y audaz. En suma, eran como el día y la noche, y como esos ciclos naturales, una era tan importante como la otra.

El miércoles regresamos a la ciudad y por primera vez pasamos la noche en la casa que tan generosamente nos había regalado el padre de ella.

Mi sitio favorito era el espacioso despacho, con sus amplios ventanales que daban al parque central de la ciudad. Era un recinto muy privado donde podría concentrarme sin interrupciones en mi trabajo del bufete y hacer lecturas puramente por un placer intelectual.

Ese viernes, como cada dos semanas, tenía que viajar a La Habana. Una vez más varios compañeros se ofrecieron a remplazarme, pero dije que no, alegando que yo era el único abogado completamente al día de todos esos trámites que se encontraban pendientes.

Temprano esa mañana, después de un desayuno ligero, Magali me despidió con un largo abrazo y uno de esos besos tan tiernos que siempre parecía tener para mí, al mismo tiempo que me susurraba que ya contaba las horas hasta mi regreso.

En ese instante, al oír aquellas palabras y sentir sus caricias, me desprecié como nunca me había despreciado jamás. Yo era a todas luces un ser deleznable y sin los menores principios, solamente digno de un aborrecimiento total. Esa noche, sin duda, traicionaría a Magali y quebrantaría mis votos matrimoniales. También me dije que no tenía que suceder de esa forma, que simplemente podría hospedarme en un hotel y regresar al día siguiente, pero en el fondo sabía que, sin importar mis mejores intenciones, terminaría tocando la puerta de aquella casa en la calle Belascoaín. Sí, a pesar de todo lo que creyeran mis amigos, mis colegas y mi propia esposa, yo no era aquel hombre a quien todos admiraban y respetaban, sino en realidad un ser débil a la merced de sus pasiones más bajas.

Pasé el día enfrascado con los trajines del bufete, pero al mismo tiempo no logré alejar a Magali de mi mente, y verdaderamente sentí el vacío de su ausencia. Ésta sería la primera noche que pasaríamos separados después de nuestro matrimonio. Para animarme y darme fuerzas, cerré los ojos y pensé en su sonrisa única.

Al final del día, después de una apresurada cena en un restaurante cercano, subí al Hudson y me dirigí rumbo al malecón. La brisa salitrera inundó el automóvil; con el aire me llegaban risas, gritos, y una música lejana de tonos alegres y pegajosos.

Seguía pensando en Magali.

Pero a pesar de todo, como guiado por una entidad foránea,

autoritaria y autónoma, llegué a la calle Belascoaín. Como de costumbre, estacioné el auto frente a casa de Lola, salí raudo y dejé caer el pesado aldabón de bronce sobre su base receptora.

Confirmé entonces, sin lugar a dudas, la baja opinión que tenía sobre mí mismo.

SU RECUERDO

XIX

El curso de mi vida, en los años subsiguientes a mi matrimonio con Magali, tomó un rumbo estable y predecible. Iba al bufete por las mañanas, atendía a los clientes o iba a la sala de audiencias si tenía algún caso pendiente. Ya para ese entonces me había convertido en uno de los abogados con más experiencia, y mi reputación como hombre meticulado, que jamás eludía el trabajo, me había creado una creciente y fiel clientela. Como es natural, la cantidad de dinero que ganaba había aumentado de una forma proporcional, lo cual nos permitía vivir con holgura.

Magali, a su vez, también había ascendido en el escalafón educacional, y ya se le consideraba como una de las mejores maestras del plantel donde ejercía la docencia.

De vez en cuando, y alegando mis elevadas entradas, le proponía que dejara su trabajo y se dedicara a la casa. Su respuesta, acompañada de aquella sonrisa única, siempre era la misma. Me respondía que su trabajo le proporcionaba mucho más que un salario, sino una gran satisfacción personal. Lo que hacía era parte de ella, y abandonarlo equivaldría a traicionarse a sí misma.

Por supuesto, yo comprendía completamente su razonamiento, e interiormente estaba de acuerdo con ella. ¿Cómo me sentiría yo —me preguntaba— si abandonara mi profesión? No, no era cuestión de dinero, sino de realización individual.

Ya para ese entonces habían nacido nuestros dos hijos, un varón y una niña, los cuales habían contribuido a la estabilidad y regocijo de nuestra familia. En todos los aspectos, éramos considerados como un matrimonio perfecto, una pareja que lo tenía todo. Además de nuestros triunfos profesionales y nuestra hermosa familia, Magali y yo pertenecíamos a diferentes organizaciones cívicas de la ciudad, las cuales tenían como objetivo la mejora de la educación y de las condiciones sanitarias. Sin intentarlo, nos

habíamos convertido en una de las familias más sólidas de la provincia.

Durante los meses veraniegos, cuando Magali y los niños estaban exentos de sus obligaciones escolares, ellos pasaban esos días en una casa playera que yo alquilaba a precio reducido a uno de los clientes del bufete. Como el pueblo costero se encontraba solamente a media hora de la ciudad, eso me permitía pasar la noche con la familia y salir al otro día temprano para el trabajo. El año anterior también había cambiado el Hudson por un Ford azul convertible que Magali y mis hijos disfrutaban inmensamente, sobre todo cuando bajábamos la capota y salíamos a pasear durante las horas del atardecer. Eran días llenos de sol y de mar, poblados de risas, juegos y buenos ratos compartidos con amigos que veraneaban en el mismo sitio. Magali y los niños eran felices.

Yo era feliz.

Pero en mi mente todo esto era una paradoja, pues a través de los años, con la misma lealtad que había dedicado a mi familia y mi profesión, había continuado mis visitas a Lola cada dos semanas. Era un elemento intrínseco y esencial –pero a la vez secreto y prohibido— de mi vida y al cual no pensaba renunciar.

Mis sentimientos de culpabilidad se agudizaban esos viernes cada dos semanas en que tenía que viajar a La Habana. Me levantaba de madrugada, y aunque nunca se lo exigí, Magali se levantaba conmigo para prepararme el desayuno y asegurarse de que lo tuviera todo en orden. Antes de salir, me deseaba buen viaje al mismo tiempo que me regalaba esa sonrisa única. Sin excepción, al darnos el beso de despedida, me sentía como un Judas, pues esa noche traicionaría de una forma vil a la persona que más me quería. Pero todas estas recriminaciones y remordimientos, a medida que me acercaba a la capital, lentamente se iban disipando. Cuando Lola abría la puerta y yo veía su figura en el umbral, los recuerdos de Magali y mis hijos no eran sino los de seres incorpóreos y sin substancia, ajenos y distantes, avasallados por aquella presencia sensual e irresistible.

Prueba irrefutable del tipo de relación –si es que se puede describir de esa forma– que compartíamos me llegó durante aquel último año de visitas. Ahora sé que nunca fue una relación convencional, sino una basada únicamente en nuestro vínculo sexual. Durante aquellas visitas yo pensé –

erróneamente— que a ella le gustaría salir a comer a un restaurante o ver una película reciente en unos de los cines modernos de La Habana. Eran actividades que todas las mujeres siempre disfrutaban, y mi única intención era halagar a Lola en todos los aspectos.

Nuestra primera salida fue a un cine ubicado en el centro de la ciudad. Presentaban aquella noche una de las últimas películas norteamericanas, con subtítulos en español, y que todo el mundo aclamaba. A lo largo de la cinta ella no hizo comentarios, pero a la salida del teatro, rechazó una invitación a tomar café y comer algo ligero. La presión que ejercía sobre mi mano me dio a conocer, sin necesidad de palabras, su ansiedad por regresar a casa.

Aunque no consideré esto como un revés, pensé que si convertía estas ocasiones en algo más memorable, poco a poco Lola llegaría a disfrutar de mi compañía fuera de aquel recinto oculto.

Concluí que si salíamos a cenar, y durante la ocasión yo le presentaba un regalo inesperado, ella se daría cuenta que por mucho que yo disfrutara de su cuerpo, también buscaba una relación que alcanzara más allá del plano físico.

Para lograr tal propósito, una tarde salí temprano del bufete habanero y me dirigí a La Manzana de Gómez, un centro comercial ubicado en el centro de la ciudad. En una joyería encontré una libélula de plata, con alas iridiscentes de madreperla y simétricos rubíes de tamaños ascendentes que formaban la cola y el cuerpo. Su cabeza estaba compuesta por una esmeralda dividida en dos. Esa joya, en mi opinión, tendría que encantar a cualquier mujer dada la originalidad de su diseño y el obvio esmero con que el orfebre la había elaborado. Por su exquisitez era, sin duda, un pasador que se podía usar a cualquier hora del día y durante cualquier ocasión.

Por aquel entonces había abierto sus puertas en La Habana el Pompeya, un restaurante italiano ubicado en el Paseo del Prado, y el cual recibía comentarios muy favorables en la prensa, debido a la autenticidad de sus platos y el esmero con que estaban elaborados. Yo pensé que a ella le encantaría probar algo diferente, así que esa tarde llamé por teléfono y reservé una mesa para dos. Lola aceptó la invitación, pero sin dar muestras de alegría ni entusiasmo, a pesar de que cenaríamos en uno de los restaurantes más

exclusivos de la ciudad.

La pared posterior del local exhibía orgullosamente un mural de la antigua ciudad de Pompeya, bajo la sombra siniestra del volcán Vesubio. El sistema de sonido del restaurante tocaba ininterrumpidamente arias de las óperas italianas más famosas.

Con la cena, yo ordené un buen vino, tratando de hacer todo lo posible para que la ocasión fuera memorable. La conversación aquella noche giró alrededor de la salud de la madre de Lola, aunque ella no me dio ninguna información diferente. Los tratamientos continuaban, pero ella no mejoraba; su salud se había estancado en un punto que desconcertaba a los médicos, pues ni empeoraba ni se recuperaba. Eso sí, ella hizo hincapié, en lo agradecida que estaba por la ayuda que yo le había proporcionado a través de los años con los gastos médicos.

El momento adecuado para presentarle su inesperado regalo llegó durante el intervalo entre la cena y el postre.

“Tengo una sorpresa para ti”, dije al mismo tiempo que metía la mano en el bolsillo del saco y sacaba la pequeña caja en que habían envuelto el pasador.

“¿Y eso por qué?”, preguntó ella.

“No hay razón, solamente por ser tú misma”, contesté al mismo tiempo que le entregaba el estuche.

Ella lo aceptó sin protestas, pero tampoco sin un obvio entusiasmo. Con gestos leves y cuidadosos, quitó el papel de regalo y entonces abrió el estuche. La libélula descansaba sobre un cojincillo de terciopelo negro, el cual realzaba aún más los destellos rojos de los rubíes y los reflejos iridiscentes de las alas de madreperla.

“No era necesario”, dijo después de unos momentos. “Ya me ayudas bastante con los gastos de mi madre”.

“Eso es diferente”, dije, “sólo quería hacerte un regalo muy personal”.

“Es muy hermoso”, comentó Lola, “jamás he tenido nada así”.

“Entonces me considero satisfecho. Sólo prométeme que lo usarás siempre, para que me recuerdes”

“Lo prometo,” dijo ella con una sonrisa al mismo tiempo que acariciaba mi mano, “pero bien sabes que no necesito de ningún objeto para recordarte”.

Entonces el camarero regresó a nuestra mesa, pero antes de que yo pudiera ordenar el postre, súbitamente Lola me dijo que quería regresar a casa. Sí, la cena había sido deliciosa, y el regalo hermoso, pero ya quería volver. Por supuesto, yo no me opuse, pues quería que todo fuera de su agrado.

Durante mis visitas subsiguientes, sin falta y fiel a su promesa, Lola siempre llevaba el pasador. En mi mente yo me identificaba con aquella libélula, pues yo era un ser errante que siempre regresaba a su punto de origen.

Invariablemente terminábamos en aquel baño tan blanco como el corazón de un glaciar, completamente desnudos y ejecutando las abluciones con aquellas hierbas de poderes misteriosos, molidas en almireces ocultos, mientras ella entonaba el mismo cántico repetitivo, esotérico, que siempre auguraba la intensa faena sexual aún por comenzar.

No era hasta que alcanzábamos el íntimo dormitorio, con su inmensa cama roja, cortinas rojas y el imponente altar de la santa –también vestida de rojo– con sus velas votivas en receptáculos bermejos, que ella parecía estar satisfecha.

A lo largo de la noche, sin titubeos ni vacilaciones, ella estimulaba mis pasiones, hasta hacerlas alcanzar niveles que siempre me parecían imposibles. Lentamente, de una forma deliberada y metódica, me devoraba por horas, como un depredador a su presa, o tal vez como una ofrenda arcana a la santa que lo presenciaba todo en silencio hasta la llegada del amanecer.

Nada me importaba; nada más existía. La única realidad era Lola.

RUMORES

XX

(El impertinente sonido del teléfono eclipsa las voces de la novela radial.)

—Oigo.

—Es Caridad.

—¿Por qué me interrumpes? Sabes que las tres de la tarde es la hora de mi novela favorita; y yo sé que tú la oyes también.

—Sí, sí, Josefina, pero lo que tengo que contarte es más importante que cualquier novela, así que apaga el radio.

—Un momento... Ya. Oye, te noto sofocada. ¿Qué pasa?

—No es para menos; en la esquina ha ocurrido algo grave, aunque todavía no tengo todos los detalles. Yo estaba oyendo la novela y el escándalo me hizo asomar al balcón.

—Pues a ver, cuéntame. No me tengas en suspenso.

—Tú sabes quién es Lola, la joven que vive en esa casa.

—Sí, hace mucho tiempo que la tienes fichada, como a todo el mundo en el barrio.

—Bueno, hace menos de veinte minutos llegó a su casa una patrulla de la policía, con sirena y todo. Poco después llegó también una ambulancia.

—¿Y qué sucedió?

—Eso es lo que no sé todavía. A ella la sacaron en una camilla y se la llevaron a la carrera en la ambulancia. Poco después los policías pusieron a un hombre esposado en el carro patrullero y también se lo llevaron. Creo que tenía la camisa manchada de sangre.

—¿El mismo hombre que la visita cada dos semanas y viene en el carro verde?

—No, hija, tú estás atrasada. Ese señor cambió de carro hace tiempo. Ahora anda en un convertible azul.

—¿Entonces quién es el detenido?

—Eso no lo sé todavía. Pero no dudo que sea uno de los tantos que visita esa casa con frecuencia.

—Tendremos que estar al tanto de las noticias. Tal vez se publique algo mañana en el periódico. Ya sabes cómo es la gente en esta isla, lo quieren saber todo. De todos modos, si sabes algo más, llámame.

—De acuerdo. Ahora regreso al balcón, a ver si logro ver algo nuevo.

—Sí. Adiós Caridad.

—Adiós.

SU RECUERDO

XXI

Los sucesos recientes me han dejado atónito y abatido, como si la misma mano anónima e inesperada también me hubiera clavado un puñal.

Vuelvo a leer la noticia en el diario, pero es inútil; no lograré extraer más información de las escuetas líneas que cuentan el suceso. Trato de imaginarme la llegada del médico a casa de Lola. ¿Qué vínculo existía entre ellos? ¿Habrán discutido? ¿Qué ha precipitado un hecho tan violento? ¿Llevaba él su propio cuchillo, o utilizó uno de la cocina? ¿Había planeado de antemano el asesinato, o fue algo espontáneo, producto de emociones desbocadas? Me hago estas preguntas, me doy cuenta, por mi condición de abogado criminalista. Pero es innecesario; yo no seré el abogado defensor. Lo único que importa, en realidad, es que Lola ha perdido la vida, y que yo me siento como si una parte muy íntima de mi ser súbitamente hubiera muerto también.

Este viernes tengo que viajar a La Habana; lo menos que debo hacer es visitar a su familia y expresar mi sentido pésame. De repente me doy cuenta que no sé nada de ella, excepto que su madre enferma está recluida en una clínica habanera cuyo nombre desconozco. Ella nunca mencionó a más nadie.

Haciendo un esfuerzo, deduzco que la única persona con quien ambos tuvimos contacto, si acaso brevemente, fue Roberto, su antiguo novio. Mecánicamente subo mi mano hasta el sitio donde me propinara el puñetazo, en un ataque de celos, durante el baile de La Colonia Española. Ni siquiera sé su apellido. Me pregunto si él estará al tanto de los últimos acontecimientos, y cuál será su reacción.

Sólo existe un destino peor que estar con Lola, y eso es perderla. El mismo Roberto trató de advertírmelo, aquel día tan lejano cuando me interceptó mientras yo salía de aquella casa oculta. No es hasta hoy, subrayadas por el dolor de la tragedia, que sus palabras adquieren su

significado total: *“Sólo quiero advertirte que estás jugando con candela; esa mujer sólo te traerá pesares. Lo mejor para ti es que la borres de tu vida”*.

Él tenía razón. A pesar del regocijo interior que siento por las circunstancias que me han liberado de su influencia y control, también reconozco que si Lola viviera, este viernes por la noche estaría con ella, sin importarme nada ni nadie.

Una vez más los ojos se me anegan de lágrimas. Ya es casi la hora de ir al bufete, hora de ponerme la máscara y representar ese papel de hombre recto y moral. Antes de salir, como es natural, besaré tiernamente a Magali, y la voz interior de ese otro ser abyecto que también soy me llamará Judas.

Sé que la carga secreta de los últimos diez años a veces será casi insoportable, que flaquearé en mis intentos de sobrellevarla, pues es algo que jamás podré compartir con nadie. Sólo encontraré las fuerzas necesarias para sobreponerme en la implacable certidumbre de que en esta vida nada es eterno.

Nada.

Ni lo que se ama, ni lo que te hiere.

OTRAS OBRAS DE CARLOS RUBIO

Saga

Finalista, Letras de Oro, 1993

Orpheus' Blues

Secret Memories/Recuerdos secretos

Quadrivium

Obra ganadora, Premio Internacional de Novela Nuevo León, 1989

Dead Time/Tiempo muerto

Medalla de Plata, Book of the Year Awards, 2003

Orisha

Hubris

American Triptych

(The Neophyte, Bullwhip, California Fever)

Forgotten Objects

Finalist, Readers Choice Awards, 2015

Faded Dreams

Visite al autor: www.carlosrubioalbet.com